

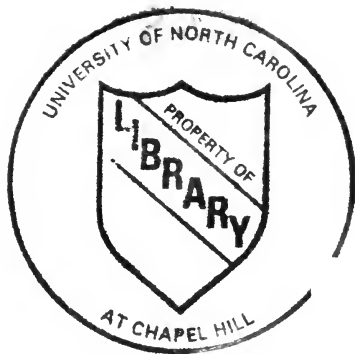


The Library
of the
University of North Carolina



Endowed by The Dialectic
and
Philanthropic Societies

~~862.8~~
~~T 255~~
v. 27



a 00002 34005 0

AVE
it on

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL



ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

PQ6217
.T44
vol. 27
nos. 1-14

PEDRO ARAGÓN

25

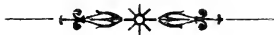
LOS ABEJORROS

COMEDIA EN TRES ACTOS

escrita en frances por

BRIEUX

TRADUCCIÓN CASTELLANA



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1906



LOS ABEJORROS

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LOS ABEJORROS

COMEDIA EN TRES ACTOS

escrita en frances por

BRIEUX

TRADUCIDA AL CASTELLANO POR

PEDRO ARAGÓN

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA la noche del
27 de Noviembre de 1906



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA 11 DUP.º

Teléfono número 551

—
1906

4

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

CARLOTA.....	SRA. PINO.
ISABEL.....	SRTA. ORIA.
EUFRASIA.....	SRA. LASHERAS.
LA PORTERA.....	QUIJADA.
LA SEÑORA DEL PISO CUARTO.	CARO.
PEDRO.....	SR. RAMÍREZ.
UN CABALLERO.....	MENDIGUCHÍA.
FERNANDO BROCHOT.....	VIGO.
EL SALVADOR.....	JAMBRINA.
EL PORTERO.....	ALONSO.



ACTO PRIMERO



La escena representa una habitación grande, modesta, pero de buen gusto, que sirve al mismo tiempo de comedor y de salón.

En la pared del fondo: á la izquierda, una puerta que da á las habitaciones interiores, en el centro una chimenea; á la derecha una mesa-escritorio.

En la pared de la izquierda: en primer término la puerta de entrada que da directamente a la escalera; en segundo término un aparador.

En la pared de la derecha: dos ventanas practicables.

En primer término; á la izquierda, una mesa redonda de comedor, con tapete, y tres sillas alrededor.

En primer término, á la derecha, un diván; á la derecha del diván un secreter pequeño de señora, una silla delante y otra al lado.

En las paredes carteles ilustrados y grabados sin valor.

Sobre la chimenea un espejo y un vaciado de la Venus de Milo.

Flores. Tiestos de helechos. En el mes de Mayo.

Derecha é izquierda, las del actor.

La acción en París, actualmente.

ESCENA PRIMERA

CARLOTA, BROCHOT, después PEDRO

Al levantarse el telón, Brochot está escribiendo en el secreter de la derecha. Carlota en pie, se enjuga los ojos. Pedro entra por la izquierda (sombrero, gabán, bastón, cartera) Carlota le hace señas

para que se calle. Brochot vuelve la cabeza. Los dos hombres cambian un ligero saludo. Pedro se quita el gabán, y le lleva, con el bastón y el sombrero, á la habitación del fondo. Vuelve en seguida. Ha dejado la cartera sobre la mesa. Lleva en el ojal la cinta violeta

BRO. (Grave.) Tome usted señora. Tengo la casi completa seguridad de que si sigue usted mis indicaciones, se salvará el pobrecito.

PED. (Que esta sacando libros de su cartera, ahoga una carcajada.)

CARL. ¿Qué te pasa?

PED. Nada (se sienta en el borde de la mesa.)

CARI. Te he dicho, no sé cuantas veces, que las mesas no se han hecho para sentarse.

PED. Está bien. (se separa de la mesa.)

CARL. (A Brochot.) Usted perdone.

BRO. Le da usted por la mañana y por la tarde una cucharadita de esta medicina.

CARL. Voy por ella en seguida. ¿Le parece á usted que es cosa grave?

BRO. Bastante grave.

CARL. (Con un sollozo.) ¡Dios mío!

BRO. Tenga usted mucho cuidado de que no coja frío.

PED. (Burlón.) Podríamos enviarle á Niza.

BRO. (Muy serio.) Si sus medios de ustedes lo permiten, no estaria de más este invierno.

CARL. (A Pedro.) ¿Por qué pones los pies encima del sofá?

PED. Dispensa. Ha sido sin querer. (Los retira.)

BRO. (A Carlota.) Como única bebida, agua de Vichy.

PED. (Burlón.) ¿De qué fuente?

BRO. (Muy serio.) Grande Grille, es la más indicada.

CARL. Descuide usted, doctor.

BRO. No soy doctor, señora; soy sencillamente veterinario.

CARL. Dispense usted si le he ofendido.

BRO. No me ha ofendido usted. También hay buenos médicos.

CARI. ¿Y si se me pone peor?

BRO. Mándemele usted á casa.

CARI. ¿Cómo?

BRO. En una cesta.
CARI. ¡En una cesta!
BRO. De esas que hacen á propósito para el tren.
CARL. Sí, sí; ahora recuerdo que las he visto en la tienda de objetos para viaje, ahí en la esquina. Compraté una.
PED. Señora .. Caballero..
CARL. } Caballero ..
PED. }
(Los dos hombres se miran con insistencia como si quisieran recordar algo. Brochot sale.)

ESCENA II

CARLOTA, PEDRO

CARL. Es muy simpático... y muy distinguido.
PED. ¿Dónde demonios he visto yo esa cara?
CARL. Es un veterinario que vive aquí al lado.
PED. ¿Cómo se llama?
CARL. Brochot.
PED. Brochot... Brochot. También el nombre me suena... Estoy seguro de que le he visto en alguna parte. En fin... (Pausa.) ¿De modo que el queridito de su mamáita sigue enfermo?
CARI. No te burles. Mi pobre Carlitos está muy malito.
PED. (Indiferente.) Pobrecillo... ¡Carlota!
CARI. ¿Qué?
PED. ¿A quién se le ha olvidado abrazar á su amigo, cuando ha vuelto á casa?
CARL. (Cariñosa, acercándose á saludarle.) Buenos días, Pedro.
PED. (Abrazándola.) Buenos días. ¿Te has acordado de mí?
CARL. Todo el día. Pero he estado muy triste.
PED. ¿Sabes qué vamos á hacer ahora?
CARI. No. ¿Una cosa divertida?
PED. Muy divertida.
CARL. ¿Los dos?
PED. Los dos.
CARI. Me alegro ¿qué es?

- PED. Vamos á trabajar... en mi colección.
- CARL. ¿A eso le llamas una cosa muy divertida?
- PED. A mí me divierte muchísimo. Ya verás (Coge un herbario, que es un cuaderno grande, de encima de un mueble y le trae á la mesa.) Trae tu pluma y tu tintero. (Obedece sin gana, pero sin mal humor) Yo pegaré los ejemplares y tú me escribes las etiquetas. Ahí está la goma... me las das engomadas para que yo las pegue (saca un pliego de papel del herbario.) Esta es la lista; no tienes más que copiar: el nombre de la planta, la fecha y el lugar en que se ha cogido. ¿Comprendes?
- CARL. Sí.
- PED. Pues empecemos.
- CARL. Oye, Pedro.
- PED. ¿Qué quieres, hijita?
- CARL. ¿Antes de empezar...?
- PED. ¿Qué?
- CARL. ¿No sería mejor que fuésemos á comer al restaurant?
- PED. (Dulcemente.) ¿Quieres sentarte ahí y desechar los malos pensamientos? (Ojeando el herbario.) ¡Mi *Pteris osmunda!* Mirale. ¡Qué hermoso! ¿Eh?
- CARL. Ya le he visto cien veces.
- PED. Yo también. Pero gusta mirarle de cuándo en cuándo. Bien caro me costó. Es una de mis locuras de juventud. (Carlota le da una etiqueta.) Está muy bien. (Durante lo que sigue pega la planta con tiritas de papel de goma.)
- CARL. ¿Y después de comer; qué vamos á hacer esta noche?
- PED. Yo voy á preparar mi lección para mañana. . . ¿Donde habré visto yo á ese veterinario?
- CARL. (Que no puede leer un nombre.) ¡Vaya un nombrecito!
- PED. (Leyendo.) *Polystichum filixmas*. Es el helecho ordinario.
- CARL. ¿Y por qué no le llaman helecho ordinario?
- PED. No se les habrá ocurrido á los naturalistas.
- CARL. Isabel va á venir, ¿sabes?
- PED. ¿Otra vez?
- CARL. Desde que la he vuelto á encontrar no ha

venido más que tres veces. Además, todavía no te ha visto, y quiere conocerte.

PED. Temo que sea una amistad que no te conviene.

CARL. ¡Isabel! ¿Por qué?

PED. Es demasiado elegante, demasiado rica. De seguro que el verla te da malos pensamientos.

CARL. Como el de ir á comer al restaurant.

PED. Además es una mujer... digamos.. ya me entiendes... irregular...

CARL. Me haces reir.

PED. ¿Por qué?

CARL. Y yo, ¿qué soy?

PED. Tú eres mi compañera.

CARL. ¡Eso está muy bien dicho!

PED. Tú eres mi compañera, pero haces muy mal los números. Debes aprender á hacerlos bien. Vuélveme á copiar esa etiqueta.

CARL. Si no quieres que la vuelva á ver...

PED. ¿A quién? ¿A Isabel? Sí; pero no tan á menudo.

CARL. Entonces no me voy á poder hablar con nadie. A las mujeres irregulares, como tú dices, no quieres que las trate, y las otras no se dignan tratarse conmigo. ¿Qué quieres que haga mientras tú te marchas á dar tus lecciones?

PED. Aquí hay una porción de libros instructivos .. Córta-me tiritas de papel de goma que se me estan acabando.

CARL. Me aburro... Me pongo á pensar, á pensar, y ¡c'aro! me aburro.

PED. Quéjate... ¡y vives de tus rentas! (Carga una pipa.)

CARL. Oye... Mientras estaba sola, he estado reflexionando una cosa.

PED. Ya lo ves. Has reflexionado. Ocupación excelente. ¿Y puede saberse qué has reflexionado?

CARL. Que deberías acostumbrarte á no fumar.

PED. ¿De veras? (Con naturalidad.) Dame las cerillas.

CARL. No.

PED. Dame las cerillas.

- CARL. No... ¡Y en pipa! ¿Qué va á decir Isabel cuando entre?
- PED. ¡Vamos! Sacrificaremos la pipa á Isabel.
- CARL. Por mí no lo hubieras hecho. Gracias.
- PED. ¿Celos tenemos?
- CARL. A tí no te importa.
- PED. No te enfades. Ya ves que he cedido. Después de todo, lo único que te proponías era mandarme ó prohibirme algo...
- CARL. Es por tu bien.
- PED. No. Es como cuando me pones á la fuerza pedazos y pedazos en el plato. No es para que coma más. Es para demostrarte á ti misma el poder que tienes sobre mí... Estoy esperando las tiritas de papel de goma.
- CARL. Tómalas. (Pausa.) También he estado pensando en otra cosa... toda la tarde.
- PED. ¡Me asustas!
- CARL. En que no me quieres.
- PED. ¡Bah!
- CARL. Bueno, me querías; pero no me estimas.
- PED. ¿Y por qué te figuras semejante cosa?
- CARL. No me hablas nunca de tu familia.
- PED. No sé en qué pueda interesarte.
- CARL. Quieres mucho á tu padre, ¿verdad?
- PED. Como un hijo.
- CARL. ¿Y á tu madre? Debe de ser una santa, ¿verdad?
- PED. Si continúas, enciendo la pipa.
- CARL. Te entiendo. No soy digna de hablar de ella.
- PED. ¡Qué tontería! ¡Ajaja! Dos ejemplares nuevos en mi colección con magníficas etiquetas escritas por mí Carlota, que es muy bonita, y á quien adoro... á pesar de que hace muy mal los números... Porque te adoro, ¿sabes? Tienes tus defectillos como todo el mundo, pero soy muy feliz contigo. ¿Y tú?
- CARL. Me gustaría conocer á tu madre.
- PED. Vamos, ángel mío; sé justa. ¿Te he manifestado nunca el deseo de conocer á la tuya?
- PED. ¡No! Entonces, imita mi discreción. (Llaman á la puerta izquierda.)
- CARL. Es Isabel. (Va á abrir. Entra Isabel: veintidós años. Carlota la besa. El traje de Isabel es elegante, pero no llamativo.)

ESCENA III

CARLOTA, PEDRO, ISABEL, después BROCHOT

- ISAB. Vengo sólo un momento, de paso, porque tenía unos deseos de conocerle á usted... (Da la mano á Pedro. A Carlota.) Y porque te lo había prometido.
- CARL. Siéntate.
- PED. Es usted muy amable, señora, porque venir á este barrio en que vivimos es hacer un verdadero viaje.
- ISAB. ¡Bah! Con el tranvía...
- PED. ¡Vamos! no ha querido usted exponer sus caballos á estas calles en cuesta y empedradas en punta.
- ISAB. ¿Mis caballos?
- CARL. (riendo, un poco confusa.) No haga caso: le había dicho á Pedro que tenias coche.
- ISAB. ¡Coche yo! Vaya una idea. ¿Y por qué?
- CARL. Porque... porque era más bonito. (Risas.)
- ISAB. ¡Esta Carlota debería dedicarse a escribir novelas, porque tiene una imaginación!.. En la escuela, cuando tenía nueve años, inventó la muerte de una hermanita suya, que no existia... para tener el gusto de que la consola en.
- CARL. Sí, quería que se tomasen interés por mí, que me die-en mimo. Me gustaría que me quisiese todo el mundo.
- ISAB. Y otra vez..
- CARL. ¡Qué pesada te pones! Si quieres venirte conmigo voy á un recado. Tengo que encargar la medicina para Carlitos. ¿Quieres entrar á verle? ¿No? No te gustan los animalitos. Voy á ponerme el sombrero. (A Pedro.) No vayas á hacerle el amor, que dejo la puerta abierta. (Sale por el fondo.)
- ISAB. Date prisa. (A Pedro.) Es monísima esta Carlota... y muy buena, y le quiere á usted mucho.
- PED. Sí, sí; muchas gracias. Pero, ¡qué .. imagina-

- ción, como usted dice! Creí que tenía usted un coche con dos caballos. Hasta el color de la berlina me había contado.
- CARL. (Entrando.) Ya estoy.
- ISAB. (Levantándose.) Usted dispensará que me marche tan pronto. Otra vez que venga procuraré tener más tiempo...
- PED Tendré mucho gusto. (Llaman.) Adelante. (Entra Brochot.)
- BRO. (Entrando.) Señoras .. Perdonen ustedes... si molesto.
- CARL. ¿Tiene usted algo que decirme respecto á Carlitos?
- BRO. No, señora, no. Venía... Verá usted. (A Pedro.) Caballero, me parece .. es usted... ¿se llama usted Pedro Cottrel?
- PED Pedro Cottrel.. Usted me conoce, ¿verdad?
- BRO. Desde que he salido de aquí estoy dándole vueltas a lo mismo. Es una obsesión. No he podido resistir á ella y suplico á usted que perdone mi indiscreción. Creo que antes de ahora nos hemos conocido en alguna parte.
- PED. Eso mismo le estaba yo diciendo á Carlota. Estoy seguro de que he visto esa cara...
- BRO. ¿No ha estudiado usted en el colegio de Luis el Grande?
- PED Sí...
- BRO. Yo me llamo Fernando Brochot.
- PED Sí... espere usted... Fernando Brochot... ¿que estaba muy fuerte en literatura?
- BRO. ¡El mismo!
- PED. ¡Pero si éramos amigos íntimos!
- BRO. ¡Y habíamos hecho un pacto!...
- PED. ¡Firmado con sangre!
- BRO. Esta sí que es buena.
- PED. ¡Hombre, cuánto me alegro!
- ISAB. (A Carlota.) Si te parece, dejaremos á estos señores.
- PED. Eso es... eso es... Tenemos un montón de cosas que decirnos. Siéntate.
- CARL. (A Isabel.) No me hace mucha gracia este amigo que le ha salido á Pedro.
- ISAB. (saliendo.) Pues es muy simpático.
- CARL. Yo le encuentro muy ordinario. (salen.)

ESCENA IV

BROCHOT y PEDRO

- BRO. ¡Qué simpática es tu mujer!
PED (Sonriendo.) Mi mujer... mi mujer...
BRO. Bueno... Comprendido.
PED A mí, el matrimonio... sabes... (Gesto.) ¿Y tú, ¿te has casado?
BRO. ¿Por quién me tomas?
PED Me alegro. Apostaría a que en muchas cuestiones tenemos el mismo punto de vista.
BRO. Puede que sí.
PED De seguro. Este Brochot... ¡Las que hemos hecho juntos!
BRO. Sí. ¡Y pensar que hemos estado sin vernos!... ¿Cuánto? Veinte años.
PED Sí. Veinte y veinte, cuarenta.
BRO. Porque tenemos... cuarenta años.
PED. Sí, sí. (Pausa)
BRO. Sí, sí, sí. (Pausa)
PED. ¿De modo que eres veterinario?
BRO. Ya ves. ¿Y tú?
PED. Profesor de Historia Natural en la escuela Lavoissier... Eso es.
BRO. Eso es (Pausa.)
PED. ¿Es curioso... qué poco tiene uno que contarse cuando han pasado muchos años sin verse.
BRO. Ya veo que haces colección de helechos.
PED. Filicíneas indígenas, nada más.
BRO. Tienes aquí un ejemplar raro.
PED. Tengo muchos.
BRO. ¡Anda! El *Pteris osmunda*. Este no le has cogido tú. Le has comprado.
PED. Sí. ¿En qué lo conoces?
BRO. ¿En casa de Romois?
PED. Sí.
BRO. ¿Y sabes que está falsificado?
PED. ¡Qué dices!
BRO. Los hago yo.
PED. ¡Qué!
BRO. Recursillos para ir viviendo. Trabajo por

- cuenta de Romcis. Cojo dos pares de *Amfitrix*, las preparo en un tallo de *Mureus*. Mira los nervios.
- PED. Es verdad. ¡Claro que es verdad! Eres un animal, pero eres admirable. Continúas la obra del Creador. Te saludo.
- BRO. ¿No tienes el *Morbidculus* de Van Tieghem?
- PED. ¡Qué pregunta! No existen en Francia más que tres ejemplares.
- BRO. Y uno le tengo yo.
- PED. ¡Tú! Tienes que enseñármelo.
- BRO. Cuando quieras.
- PED. Cuando te venga bien. Hoy, si te parece.
- BRO. Eso es. A las cinco me tienes en casa.
- PED. Iré á las cinco y cuarto.
- BRO. Y me permitirás que te ofrezca un *Pteris osmunda* natural.
- PED. ¿Tienes?...
- BRO. Sí: ya no me molesto en fabricarlos, porque sé donde los puedo encontrar hechos.
- PED. ¿Dónde?
- BRO. En Fontainebleau, en un rinconcito que yo me sé.
- PED. ¿En Fontainebleau? ¡Imposible!
- BRO. ¿Quieres que vayamos juntos?
- PED. Cuando haya dos días de fiesta seguidos. El mes que viene para Pentecostés.
- BRO. Perfectamente... iremos.
- PED. Con nuestras... amiguitas: porque supongo que tendrás la tuya.
- BRO. No: no soy tan primo... ¡Dispensa!
- PED. Ya veo que entiendes la vida. Yo, a los veinticinco años, me quise casar con mi prima. Mi padre me dijo: «Hijo mío, puedes elegir entre dos caminos: ó ser un sandio como yo, que me he privado de todo para criarte, ó ser un vivo como otros muchos».
- BRO. ¿Y tú has preferido ser un vivo?
- PED. La vida es demasiado difícil y hay que suprimir resueltamente los quebraderos de cabeza y las cargas que pueda uno dejar á los demás. Pero reconozco que, en algunos puntos, tu sistema es aun superior al mío.
- BRO. También tiene sus ligeros inconvenientes.

- PED. No hay nada perfecto en este mundo. Pero en fin, si se va á comparar nuestra suerte con la de otros muchos... Felipe, por ejemplo, ¿te acuerdas? Casado, hijo mío, con tres criaturas. ¡Hombre al agua!
- BRO. ¡Pobre Felipe!
- PED. A mí me ha servido de mucho el ejemplo de mi padre. Sí, chico: he reducido al mínimum las molestias de la vida. Soy funcionario público... por lo tanto no tengo que pensar en el mañana y tengo el pan seguro para la vejez. Hasta hace poco, me dí por satisfecho con amores... de paso, después me parecieron poca cosa. Entonces encontré a Carlota, diecisiete años, modistilla. Nos gustamos y aquí nos tienes... Llevamos cinco años.
- BRO. En fin... eres feliz.
- PED. Es una muchacha admirable. Por lo menos no tiene más que un defecto: su pasión por los animales. Pero se lo perdono, porque gracias á ella te he vuelto á encontrar.
- BRO. Muchas gracias.
- PED. Hombre, ya entiendes lo que he querido decir... No acabaríamos si te quisiera ponderar todas sus buenas cualidades. El año pasado tuve una gripe tremenda y me cuidó como un ángel. No sé cuántas noches se pasó en vela. No lo olvidaré nunca.
- BRO. Ni ella tampoco, pierde cuidado. (Vuelve á entrar Carlota con una cestita para perro.)
- CARL. Aquí está. El pobre hijo mío podrá respirar á gusto... ¡Será su cunita!
- BRO. Entonces, hasta luego.
- PED. Hasta ahora. Para las vacaciones de Pentecostés iremos á Fontainebleau, con Brochot, á buscar un *Pteris*.
- CARL. ¿Un...? ¡Ah, sí... una hierba!... Más vale que vayamos á Ville d' Avray.
- PED. Es que no hay *Pteris* más que en Fontainebleau, ya te lo explicaré.
- BRO. Que no te retrases, porque tengo que salir á las cinco y media.
- PED. Pierde cuidado. (Apretones de mano. Sale Brochot.)

ESCENA V

CARLOTA y PEDRO

- PED. ¡Ese Brochot!
- CARL. ¡Es un burro!
- PED. ¿Quién?
- CARL. Tú médico.
- PED. ¿El veterinario?
- CARL. Sí.
- PED. ¿Cómo lo sabes?
- CARL. Afortunadamente no he comprado la medicina.
- PED. ¿Por qué?
- CARL. Porque le mataba, de seguro.
- PED. ¿A quién? ¿A Carlitos? ¿Al queridito de su mamáita?
- CARL. Sí.
- PED. ¿Quién te lo ha dicho?
- CARL. Lo sé yo.
- PED. Pero, ¿quién te lo ha dicho?
- CARL. Nadie. Es decir, alguien que sabe más que él.
- PED. ¿Quién?
- CARL. No le conoces.
- PED. No importa: dímelo. (se sienta encima de la mesa.)
- CARL. No te sientes encima de la mesa. Un estudiante de farmacia que me he encontrado en la calle. Es el primo de esa amiga mía que está casada.
- PED. ¿De qué amiga?
- CARL. De esa que tiene fincas y que está casada con un periodista. ¿No te acuerdas?
- PED. Sí, me has hablado de ella... ¿Amiga tuya de colegio?
- CARL. Hija de un capitán de navío: tengo que escribirle para saber qué ha sido de ella.
- PED. ¡Ah! ¿Pero su primo no te ha dado noticias?
- CARL. ¿Qué primo? .. ¡Ah... sí!... Hace mucho tiempo que no la ve.
- PED. ¿Carlota?
- CARL. ¿Pedro?

- PED. Tú no has encontrado á ningún primo.
CARL. Te juro...
PED. (Con autoridad.) Tú no has encontrado á ningún primo.
CARL. Bueno, ¿y qué? En primer lugar, tu veterinario tiene una cara muy antipática. He enseñado la receta á la señora Juana.
PED. ¿La portera?
CARL. Ha sido enfermera en una clínica.
PED. Cuando tú lo dices...
CARL. Y no quiero que ese hombre vuelva á ver á Carlitos.
PED. Entonces, ¿para qué has comprado la cesta?
CARL. ¡Anda! Es verdad, no valía la pena. (Con rabia.) Y además, no quiero ir á Fontainebleau. Quiero que vayamos á Ville-d'Avray.
PED. Sin embargo, iremos á Fontainebleau.
CARL. ¡Yo, no!
PED. Iré yo solo.
CARL. ¿Con tu amigo nuevo, el veterinario?
PED. Con mi antiguo amigo, Fernando Brochot.
CARL. ¿A correr por la hierba?
PED. Eso es.
CARL. Como dos colegiales, ¿no?
PED. Que salen á paseo sin su mamá.
CARL. ¿Soy yo la mamá? Pues mira, es raro, porque puedo ser hija tuya.
PED. Vamos á ver, Carlota. Ya han pasado las tres cuartas partes del día. Desde ayer por la noche no hemos tenido escena. Como voy á salir, hay cierta probabilidad de que lleguemos á la hora de comer sin disputa, y ¡quién sabe! tal vez pasaremos veinticuatro horas sin que haya habido necesidad de verter lágrimas. Sería muy hermoso... porque es raro. Procuremos que sea así. Procura meterte en esa cabecita la idea de que iré á Fontainebleau con Brochot, y que no conseguirás impedirlo, aunque tenga que dejarte en casa. Estoy firmemente decidido. No llores, no amenazas, no supliques, no te pongas nerviosa, porque sería inútil. ¿Has comprendido?
CARL. (Después de una larga mirada, y sintiendo la inutilidad)

- dad de insistir por lo pronto.) Sí. (Pausa.) ¡Ay, hijo mío, con qué dureza me hablas! Estoy segura de que ya no me quieres.
- PED. ¡Otra vez!
- CARL. Hace un poco de tiempo que no eres nada amable conmigo.
- PED. Eso no es verdad.
- CARL. ¿Qué te he hecho yo?
- PED. Nada.
- CARL. ¿Te engaño, dí, te engaño?
- PED. Creo que no.
- CARL. ¿Te he engañado alguna vez?
- PED. Por lo menos yo no lo he sabido nunca.
- CARL. Merecías que te sacase los ojos. ¡Vaya un modo amable de responder! ¿Así recompensas mi fidelidad, mi abnegación? Me tratas como á una cualquiera.
- PED. No te enfades; he hecho mal. No; no me engañas; no me has engañado nunca.
- CARL. Entonces, ¿por qué me quieres menos cada día?
- PED. No te quiero menos.
- CARL. Es que no soy mala.
- PED. No eres mala, pero me haces escenas...
- CARL. Si no te quisiera no las haría. Y sería lástima algunas veces, porque no habría reconciliaciones. (Más bajo.) ¿Te acuerdas el otro día... el sábado? Sí, el sábado, cuando hicimos las paces. Tenías aun la cara llena de lágrimas, y...
- PED. ¿Es por el gusto de hacer las paces por la lo que me atormentas?
- CARL. Cualquiera diría que eres una víctima.
- PED. No; pero en fin...
- CARL. ¿Lo ves? ¿Lo ves como ya no me quieres?
- PED. ¿Lo veo? No; no lo veo. No sé cómo lo voy á ver.
- CARL. ¡Ay! En otro tiempo no me hubieses tenido tanto rato de pie sin decirme, «séntate aquí á mi lado»
- PED. (Sentándola.) Siéntate aquí, á mi lado.
- CARL. Eres digno de lástima, ¿verdad?
- PED. Casi, casi.
- CARL. Vamos; que hay momentos en que no te va

mal del todo conmigo. (Mimosa.) ¿Verdad? ¡Ingrato! No quieres acordarte de las horas buenas. (Le pasa un brazo por el cuello.) Hay veces en que me quieres mucho, y pones una cara muy seria, y me dices que te hago muy feliz... más que nadie. ¿No es verdad? (Turbado.) Sí, es verdad.

PED

CARL.

Y yo te quiero mucho, ¿sabes? Es decir, no lo sabes. No puedes figurarte cuanto. No soy feliz más que contigo, á tu lado, en tus brazos. A veces te hago rabiar un poco; pero es porque me da mucha pena el ver que me vas queriendo menos.

PED

CARL.

De sobra sabes que te quiero más cada día. No, no. Mira: desde aquí te veo en el cuello un rinconcito... Antes, cuando te daba un beso cerrabas los ojos y temblabas como un pajarito. Ahora ya no te importa.

PED.

CARL.

Prueba y verás

PED

¿Para que? Si ya no me quieres.

CARL.

Prueba, te digo.

PED.

No, no quiero.

Te adoro, chiquilla, te adoro. Sí, lo repito: no he sido tan feliz con nadie como contigo. Hasta que te encontré no he sabido lo que es amor...

CARL.

(Sin separarse, muy cariñosa.) No iremos á Fontainebleau, ¿verdad? Iremos á Ville-d'Avray.

PED.

(Abrazándola.) Como quieras; me vuelves loco.

CARL.

(Separándose.) ¿Has oído? Me parece que se queja Carlitos.

PED

Deja en paz á Carlitos. Oye...

CARL.

¡'hí-t' (se acerca á la puerta del fondo.) No, está dormido. (Volviendo.) ¿Qué hora es?

PED.

(Mirando al reloj.) Las tres y media. Tengo que salir.

CARL.

Ya lleva una hora durmiendo. Es buena señal, ¿no te parece?

PED.

Sí; me voy.

CARL.

¿Sales?

PED

Sí

CARL.

¿Hoy no tienes lecciones?

PED

No.

CARL.

Entonces, ¿dónde vas?

- PED. A casa de Brochot.
CARL. ¿Otra vez?
PED. ¿Cómo otra vez? Es la primera.
CARL. Te acabas de separar de él.
PED. Es que voy á ver su colección.
CARL. Ya irás otro día.
PED. Es que Brochot me está esperando.
CARL. ¡Brochot, Brochot! No tienes otro nombre en la boca. ¡No te ha entrado poco fuerte la amistad por un tipo á quien no conocías hace media hora!
- PED. Le conozco hace veinte años.
CARL. ¿De modo que tienes intención de verle á menudo?
- PED. Claro que sí.
CARL. ¿Y yo?
PED. ¿Cómo tú?
CARL. Sí. ¿Qué voy á hacer yo mientras estáis charlando de vuestras hierbas?
- PED. Nos escucharás.
CARL. Bueno; pero lo que es hoy me figuro que no me vas á dejar sola teniendo al perro enfermo.
- PED. Claro que sí.
CARL. (Queriendo abrazarle.) ¡Oye!...
PED. No.
CARL. ¿No quieres que te abrace?
PED. Abrazame si quieres, pero saldré de todos modos.
- CARL. ¿Y si te pidiese que te quedaras?
PED. No. (Movimiento.)
CARL. Esperate un poco. Aun tienes tiempo.
PED. Sí, cinco minutos.
CARL. Ya lo ves. Oye. Hace mucho tiempo que no te he pedido nada.
- PED. Pídemelo otra cosa.
CARL. Cuando digo que ya no me quieres. ¡Ya no me quieres!
- PED. Pero, ¿quieres decirme qué te importa el que yo vaya á ver á Brochot?
- CARL. ¿Lo quieres saber?
PED. Habla.
CARL. Te lo diré.
PED. Estoy esperando.

- CARL. ¡Dios mío! ¡Qué feo te pones cuando frunces el ceño!
- PED. Habla.
- CARL. Tengo un presentimiento.
- PED. Yo no soy supersticioso.
- CARL. Hay algo que me dice que si sales nos sucederá una desgracia á uno de los tres. Ya irás mañana. Anda... te prometo que mañana te dejo
- PED. Tengo que ir hoy.
- CARL. (Llorando.) Estábamos siendo tan felices. ¡Ay, ay, ay! (Llora y patatea.)
- PED. ¡Ya estamos! ¡Ya salieron las lágrimas! ¡La escena!
- CARL. ¡No, no! Vete, vé á buscar á tu amigo, ya que le prefieres á mí.
- PED. Quieres que rompa con él por culpa tuya, como con los demás, como me has hecho romper con Felipe, á quien tengo que ir á ver á escondidas. ¡Pues no, y no!
- CARL. (Secándose los ojos) No quiero que salgas.
- PED. ¡Ah! ¿No quieres? Ahora lo veremos.
- CARL. ¿Dónde vas?
- PED. A buscar mi sombrero y mi abrigo.
- CARL. ¡Te lo pido por lo que más quieras! ¡Hazlo por mí!...
- PED. ¿Quieres dejarme en paz? (La rechaza. Ella deja caer una silla.)
- CARL. Me has hecho daño. (se oye golpear en el suelo.)
- PED. ¡Ahí lo tienes! Los vecinos de abajo protestan.
- CARL. Me tiene sin cuidado.
- PED. A mí no.
- CARL. ¡Bastante me importa á mí esa bruja!
- PED. Verás cómo nos echan de la casa.
- CARL. Nos mudaremos.
- PED. Es que ya has conseguido que nos despidan de tres casas.
- CARL. Con esta serán cuatro.
- PED. Es que yo ya estoy harto.
- CARL. ¡Ya estás harto! Pues yo también. De sobra sabes que más pronto ó mas tarde te he de dejar la sombra en prenda...

- PED. ;La amenaza de la separación! me la sé de memoria.
- CARL. ¿De modo que sales?
- PED. Como lo oyes.
- CARL. ¿A pesar mío?
- PED. ;A pesar tuyo!
- CARL. ;Lo veremos!
- (Sale Pedro por la puerta del fondo. Carlota se precipita á la puerta de la derecha, quita la llave que está por fuera en la cerradura, cierra con dos vueltas por dentro y se queda con la llave en la mano. Pedro reaparece con sombrero y gaban.)
- PED. (Tranquilo, va á salir.) Vamos, ¿quieres hacer las paces?
- CARL. Si te quedas, sí.
- PED. Vamos, no seas rencorosa. Acabo de ver al hijito rico de su mamaita. Está mucho mejor. ¿No te ríes? Perdóname: he sido un poco brusco. ¿Quieres seguir enfadada?... Entonces, buenas tardes.
- CARL. Diviértete mucho.
- PED. Haré lo posible.
- CARL. Eso es. Muchas cosas al señor Brochot de mi parte.
- PED. (Se acerca á la puerta, intenta abrir y mira la cerradura.) ¡Ah, demonio! Ha cerrado con llave. (Acercandose á ella.) ¡La llave! ¿Dónde has puesto la llave?
- CARL. Búscala. (El revuelve papeles sobre la mesa.) Frío, frío Tú que te das tanta maña para jugar á la gallina ciega, busca. Titio, tibio... Caliente, caliente. . Frío, frío...
- PED. ;Si no me la das! ..
- CARL. (Enseñandole la llave.) Está aquí.
- PED. ¡Al fin! (Se precipita sobre Carlota; pero antes de que llegue, ella tira la llave por la ventana)
- CARL. ;Ahora, sal si quieres! (El se acerca á la puerta, la mira de arriba abajo, la sacude por la cerradura, despues se quita el sombrero y el gaban, los coloca sobre una silla y se tiende sobre el canapé y coge de la mesita un libro que se pone á leer.)
- CARL. (Un poco desconcertada.) ¿Qué haces?
- PED. Ya lo ves; preparo la lección para mañana.
- CARL. (Con sinceramente confusa, acercandose á él suavemente.) ¿Estás enfadado conmigo?

- PED. ¿Yo? Ni por asomo.
- CARL- (sollozando.) ¡Pedro, Pedro, perdóname!.. Ya ves, tienes los pies encima del sofa y no te digo nada.
- PED. (sin moverse.) ¿No has oído? Me parece que tu perro se queja. (Instintivamente se acerca Carlota á la puerta del fondo, comprende y vuelve)
- CARL ¿Qué va á pasar ahora?
- PED. No lo sé.
- CARL ¿Cómo vamos á salir á comer?
- PED. Yo no tengo hambre.
- CARL. Si llamase por la ventana...
- PED. No olvides que vivimos en el quinto piso. No te oiría nadie.
- CARL. Escribiré una carta.
- PED. A tí que te gusta la correspondencia...
- CARL La echaré abierta por la ventana.
- PED. ¿Por qué no?
- CARL. Soy muy desgraciada. (Llora. Pedro no parece enterarse. Llaman á la puerta.) Han llamado.
- PED. Ya lo he oído... Es de una ironía adorable. (Vuelven á llamar.) ¡Adelante! (Con gran estupefacción de ambos oyen abrir la puerta por fuera. Aparece el Portero)

ESCENA VI

DICHOS y el PORTERO

- PORT. (Después de haber cerrado la puerta.) ¿Es esto vivir como Dios manda? Digan ustedes, ¿les parece á ustedes que esto es vivir como Dios manda?
- PED. Carlota... el señor está hablando contigo.
- PORT. ¡Digo que si es esto vivir como Dios manda!... Tengo en la portería á la señora del piso cuarto, que se queja del ruido que hacen ustedes, y llega un caballero diciendo que le ha caído en la cabeza la llave de este cuarto. ¿Es esto vivir como Dios manda? ¿No pueden ustedes explicarse sin comprometer la dignidad de la casa?
- PED. Carlota... el señor está hablando contigo...

- PORT. He subido delante para prevenirles á ustedes: el caballero está enfadadísimo. ¿Qué le van ustedes á decir? ¡No comprendo qué van ustedes á decirle!
- PED Carlota .. el señor pregunta qué vas á decirle á ese caballero.
- PORT. Aquí está. Abí le tienen ustedes. (A la puerta.) Aquí es, caballero, aquí es. Tenga usted la bondad de pasar. Parece que estos señores habían colocado la llave en el reborde de la ventana. Ahora le explicarán á usted... (sale. Entra el Caballero. Carlota saluda y sale por el fondo. El Caballero saluda secamente. Viene sin sombrero.)

ESCENA VII

EL CABALLERO Y PEDRO

- CAB. Caballero, al pasar bajo estas ventanas me ha caído encima una llave enorme, lanzada desde el piso quinto, su casa de usted. ¿Lo niega usted?
- PED. No, señor; pero permítame usted que le haga observar que si la llave es, en efecto, un poco grande, toda la culpa es del casero que no ha tenido á bien sustituir esta cerradura vieja por otra de modelo más... deli ado. Y si la llave, efectivamente, es un poco grande,—antes que usted la he padecido yo, porque estorba mucho y rompe los bolsillos,—y si la llave, digo, ha caído del piso quinto, es que la modestia de mis recursos no me permite vivir en entresuelo, lo cual sería mucho más de mi gusto.
- CAB. No tantas palabras. Me han abollado ustedes el sombrero y he tenido que enviarle á planchar.
- PED. Caballero, no puedo hacer más que ofrecerle a usted el reembolso del gasto que ocasione la operación, suplicándole al mismo tiempo que acepte mis disculpas...
- CAB. ¿De modo que usted cree que las cosas van á quedarse así?

- PED. Quisiera poder esperarlo.
- CAB. ¿Y que mediante cincuenta céntimos y una palabra de disculpa, va usted á poder darse el gustazo de apedrear á los que pasan?
- PED. No tengo semejante intención.
- CAB. Primeramente necesito saber si voluntariamente me ha elegido usted por blanco.
- PED. No, señor.
- CAB. En e-e caso, me limitaré á presentar una queja ante el comisario de policía. Tengo testigos.
- PED. Caballero, soy funcionario público: si pone usted en practica ese proyecto, me causará usted un gran perjuicio sin disminuir el que á usted le hemos causado.
- CAB. ¿Qué perjuicio?
- PED. Puede usted hacer que me dejen cesante.
- CAB. ¿Por eso? Imposible.
- PED. Es que he incurrido ya otras veces en censura por hechos de orden privado.
- CAB. ¿Del mismo género?
- PED. Del mismo origen. Tengo una amiguita. Es muy buena, muy amable, muy prudente. Pero había tomado la costumbre de venir á buscarme á la salida de la escuela donde soy profesor..
- CAB. ¿Es celosa?
- PED. No; no lo consentiría yo. Era por cariño; pero como es bastante linda, la menor cosa que se pone parece excéntrica, y un padre de familia que nos encontró, tuvo á bien irsele á contar al inspector de academia que era amigo suyo. Así incurrí en la primer corrección disciplinaria. En cuanto á la segunda...
- CAB. ¿También por ella?
- PED. No vaya usted á creer que es mala.
- CAB. Usted no lo consentiría.
- PED. No. Pero tiene la manía de escribir.
- CAB. En fin, que ella es la que ha tirado la llave por la ventana.
- PED. No puedo decir lo contrario. Ha sido ella, pero ha sido jugando. Jugábamos al volante con la llave.

- CAB. Y habían ustedes cerrado la puerta para que no viniera nadie á molestarles.
- PED. Sí. ¿Cómo lo sabe usted?
- CAB. Desde la escalera he oído al portero. Le había secuestrado á usted.
- PED. Por puro juego... créalo usted.
- CAB. Sí, para no dejarle á usted salir á la calle. (Pedro no responde. El Caballero se acerca á él. A media voz.) Esta bien, caballero, deme usted la mano.
- PED. ¡Usted también! (suspirando.)
- CAB. (grave.) Comprendo, comprendo. Yo, en esa cuestión, tengo mucha suerte. Mi amiguita es suave como un cordero.
- PED. La mía también... pero...
- CAB. Sí... Hasta la vista.
- PED. ¡Hasta la vista... y gracias! (El Caballero sale.)

ESCENA VIII

PEDRO, solo; después CARLOTA

- PED. ¡Vamos! Sea como sea, tengo que preparar la lección de mañana (Carga la pipa, la enciende, después abre un libro, le hojca, y se detiene en un párrafo.) ¡Es curioso! «Entre los abejorros, las costumbres amorosas son particularísimamente crueles. Así...» (continúa en voz baja tendido en el diván. Entra Carlota.)
- CARL. ¿Se ha marchado?
- PED. Sí.
- CARL. ¿No estás enfadado conmigo?
- PED. No.
- CARL. He reflexionado, ¿sabes? Me da lo mismo ir á Fontain-bleau que á Ville-d'Avray.
- PED. A mí también.
- CARL. Eres muy amable. (Le quita suavemente el libro y la pipa. El resiste un poco y cede. Ella le abraza.)

ACTO SEGUNDO

La misma decoración.—Un mes después.—Junio

ESCENA PRIMERA

PEDRO, CARLOTA, ISABEL. Después el CABALLERO.—Pedro corrige deberes, en un cuaderno con el lápiz azul en la mano. Entra

Isabel

ISAB. Buenos días, buenos días.

PED. Buenos días, señora.

ISAB. No se mueva usted. ¡Buenos vecinos tienes, Carlota.

CARL. ¿Los del piso cuarto? De seguro te han faltado al respeto.

ISAB. Verás. He subido la escalera al mismo tiempo que un señor á quien no conozco, pero por lo que me has contado, debe ser el señor de la llave.

CARL. De seguro. Cuando le cayó encima el mes pasado venía á alquilar el cuarto que está del ajo de este.

ISAB. Cuando llegamos al cuarto piso se abre la puerta... se conoce que por la ventana habían visto llegar al buen señor... y aparece una señora...

CARL. ¿Vieja? ¿Con una cara muy ordinaria?

ISAB. Sí. Me dice: ¿Va usted al piso quinto? Sí, señora. Pues puede usted anunciar á sus amigos de usted la visita de mi marido que

- ya á subir á sacudirle las pulgas... Ya lo sabes... Sujétate las pulgas si no quieres perderlas.
- PED. ¿Qué historias son esas?
- CARL. ¡Te diré, hijo mío! La cosa más sencilla del mundo. Esa mujer que se ha escapado de donde yo me sé...
- PED. ¿Quién te lo ha dicho?
- CARL. Nadie. Basta verla, y sobre todo con oírta...
- PED. No basta.
- CARL. Si empiezas á defenderla más valdrá que me calle.
- PED. No, no; habla.
- CARL. ¡Ay, hijo! Ni siquiera sabes de qué se trata y ya te pones en contra mía.
- PED. Te equivocas.
- ISAB. Sigue.
- CARL. Esa señora... bueno, esa... duquesa, subía á su guardilla, y, naturalmente, pasó por delante de nuestra puerta. Entonces me insultó.
- PED. ¿Por el ojo de la llave?
- CARL. No, señor; porque yo tenía la puerta abierta.
- PED. Para qué?
- CARL. (Después de pensarlo.) Para ventilar el cuarto. Pero si tengo que darte explicaciones como al juez a cada dos palabras, me callo.
- ISAB. Pedro sabe lo que tiene que hacer. Pero yo he tenido un amigo que se batió en duelo por mucho menos de lo que te ha pasado á ti.
- CARL. ¡Suerte tienes!
- ISAB. Y hasta kirió á su adversario.
- CARL. ¡Eso es querer de veras!
- PED. No puedo creer que te haya insultado sin que tú le hayas dado motivo para ello.
- CARL. No lo creas, pero es verdad.
- PED. (Acercándose á la ventana abierta.) ¿Qué pasa? Callad. (Hace un ademán pidiendo silencio.) Disputan. Es abajo, en el piso cuarto. Hablan de nosotros. ¡Chist! (Pausa.) Por lo visto tú tampoco te has quedado corta. Dice que le has llamado...
- CARL. Claro, no me iba á dejar insultar sin res-

ponderle nada. ¡Me parece que valgo tanto como ella! Lo menos tiene cuarenta años, con un ojo que mira de frente y otro de perfil... y vestida por los mismos enemigos. (Acercándose á la ventana y gritando.) ¡Sí, señora, sí; soy una mujer honrada!

PED. (Escuchando.) Le está diciendo á él que suba a decirme cuatro frescas.

CARL. (A Isabel.) Todo porque al otro día de mudarse sorprendió á mi pobre Carlitos haciendo sus necesidades en el limpia-barros de su puerta.

PED. (Escuchando.) Dice que le llevas tú expreso todas las mañanas.

CARL. (Acercándose á la ventana.) Espera, que le voy á cartar la cartilla.

ISAB. Déjala. Esta cuestión debe ventilarse entre hombres.

PED. Ahora disputan.

CARL. ¡Ah! ¿Disputan? (Golpea el suelo con el pie.)

PED. ¿Qué haces?

CARL. ¿Por qué golpearon ellos en el techo el otro día?

PED. ¡Mujer, si no eran ellos!

CARL. Mejor.

PED. Ya no se oye nada. Han cerrado la ventana.

CARL. Ahora va á subir. Te dejamos solo con él.

PED. (Se sienta á trabajar.) ¿Y qué quieres que le diga? Te advierto que dentro de una hora tengo que marcharme. Tengo la primera lección á las cuatro... me quedan...

CARL. (Después de mirarle mucho.) Eres admirable. ¡Si yo fuese hombre!

PED. ¿Supongo que no pretenderás que tenga un desafío por el hijo rico de su madrecita?

CARL. No es por él; es por mí.

PED. Nunca se ha visto batirse á un profesor de Historia natural.

ISAB. Es verdad. El mío era periodista.

CARL. Entonces, quéjate á la policía. ¡La comisaría está á cuatro pasos!

ISAB. Efectivamente hay tribunales para los que no pueden hacerse respetar por sí mismos.

- PED. Si me dirijo á los tribunales promuevo un escándalo. Ya sabes que mi posición es ya bastante comprometida.
- CARL. Pues dí al casero que los despida.
- PED. Nos despedirá á nosotros.
- CARL. Está bien. Desde ahora en adelante bajaré todas las mañanitas á casa de esa buena señora y le diré: «Señora, aquí me tiene usted. Falteme usted, insúlteme usted, pégueme usted, si gu-ta: puede usted hacerlo impunemente porque no tengo quien me defienda.»
- PED. (Fabioso, poniendo notas sin leer los trabajos.) ¡Mal, mal, muy mal! ¡Pobres discípulos! (Llaman. Carlota abre. Entra el Caballero.)
- CAB. (Sosteniendo la puerta para que no se cierre y hablando muy alto para que le oigan desde fuera.) Caballero, vengo á pedirle á usted explicaciones.
- PED. (Bajo la mirada amenazadora de Carlota.) Caballero, yo también tengo que pedirselas á usted.
- CAB. (En el mismo tono.) Se las daré á usted.
- PED. (Ídem.) Y yo también. Cierre usted la puerta.
- CAB. Las pido, y estoy dispuesto á exigir las. (Cerrando la puerta con violencia.) Su señora de usted ha insultado á la mía.
- PED. Y la de usted á la mía.
- CAB. ¿Lo reconoce usted?
- PED. Lo reconozco.
- CAB. Yo también.
- PED. Me alegro tanto.
- CAB. En este caso, señoras, es preferible que la conversación que vamos á tener continúe fuera de la presencia de ustedes. (A Pedro.) Démonos una cita puesto que aquí nos es imposible hablar á solas.
- ISAB. Nosotras nos retiramos.
- CARL. (Bajo.) No me dejes sola. Tengo miedo.
- PED. Estas señoras van á dejarnos solos.
- CARL. (A Isabel, saliendo por el fondo.) ¡Con tal de que no se batan! ¡No puedo ver á dos hombres batiéndose! Me hace llorar.
- ISAB. Vámonos, entonces.

ESCENA II

PEDRO y el CABALLERO

- CAB. (Sia enfado ninguno. Señalando la puerta al fondo.) Caballero, ¿se oye desde la otra habitación lo que se dice en ésta?
- PED. (Tranquilo) No, señor; la otra habitación está al fin del pasillo.
- CAB. Gracias.
- PED. No hay de qué. Siéntese usted.
- CAB. Gracias. ¿Usted tiene empeño en batirse conmigo?
- PED. No.
- CAB. ¿En que disputemos?
- PED. No.
- CAB. ¿En que pesemos las injurias recibidas por cada una de nuestras compañeras?
- PED. No.
- CAB. Entonces, ¿declaramos que los platillos de de la balanza están en equilibrio?
- PED. Lo declaramos.
- CAB. En ese caso, creo que podemos darnos la mano.
- PED. Con mil amores.
- CAB. Sí... Al menos su amiga de usted es joven y bonita.
- PED. Por lo cual tiene más medios de hacerme sufrir.
- CAB. ¡Ay! La mía no se queda atrás y es vieja y gruñona.
- PED. ¿Por qué no se separa usted de ella?
- CAB. Ya no puede ser. ¡Hace tantos años!
- PED. ¿No le engaña á usted?
- CAB. No. ¿Es que usted tiene algún motivo de queja en ese punto?
- PED. No.
- CAB. ¿Está usted seguro?
- PED. Segurísimo. ¡Ay! Y daría mil gracias al cielo si pudiese lograr una prueba evidente de su infidelidad.

- CAB. No comprendo...
- PED. ¡Sería la libertad! ¡La cadena rota, el fin de mis males! ¿No ve usted que si me engañase podría sacudir este letargo, encontrar la energía que me falta para romper los lazos que me hieren, que me ahogan? Le juro á usted que recibiría la noticia con un gozo infinito.
- CAB. Entonces, amigo, empiece usted á alegrarse.
- PED. ¡Qué dice usted!
- CAB. Que me parece que se le ha logrado á usted su deseo.
- PED. No entiendo.
- CAB. ¿Fendré que pronunciar la palabra?
- PED. ¿Qué palabra?
- CAB. Decir que es usted... que es usted absoluta y notoriamente... Hasta donde es posible serlo fuera del matrimonio... por supuesto.
- PED. (Furioso.) Es usted un insolente y un embustero. No le consiento á usted que me insulte. Va usted á retirar esa palabra, ¿oye usted? pero inmediatamente. Diga usted que ha mentido. (Lamentable.) ¿Verdad que no es cierto? Por Dios, dígame usted que no es cierto. ¡Si fuera verdad tendría tanta pena!
- CAB. Es verdad.
- P&D. (Furioso.) Quisiera pegarle á usted. Quisiera que se muriera usted de repente antes de que acabase usted de matarme con sus acusaciones.
- CAB. Es verdad. No se lo había dicho á usted antes por no darle un disgusto. Pero como ha dicho usted que se alegraría, he creído hacerle á usted un favor, y le he dicho mi opinión un poco bruscamente. Pero puesto que usted lo desea, retiro mis palabras y le pido á usted mil perdones.
- PED. ¡Es que ahora tiene usted que hablar! ¡Tiene usted que probarme que no es mentira!
- CAB. ¿Usted lo desea?
- PED. ¡Lo exijo!
- CAB. Pues bien: esta mañana, su amiguita de usted, ha recibido en esta casa la visita de un caballero.

- PED. ¿Alto? ¿Con el bigote negro? ¿Demasiado negro... teñido?
- CAB. Sí; y veterinario.
- PED. ¿Cómo lo sabe usted?
- CAB. Verá usted: Mi señora pasaba por el descansillo de la escalera. La puerta de este cuarto estaba abierta... ¿Tiene usted valor?
- PED. Lo tengo.
- CAB. Todo hace falta. Ese caballero se despedía de su amiga de usted, dándole muestras inequívocas del amor más ardiente. Tenga usted energía. La tuteaba, hablándole de Fontainebleau.
- PED. Gracias, caballero. Ya sé á qué atenerme.
- CAB. Mi mujer pasaba en aquel momento y su sonrisa involuntaria ha sido el punto de partida de la disputa que ha motivado esta conversación. Para disimular, ese caballero, antes de marcharse, ha dado confusamente á su amiga de usted algunos con-ejos referentes á la salud del perrito. Es lo que nos ha permitido adivinar su profesión.
- PED. Muchas gracias, caballero.
- CAB. Buenas tardes.
- PED. Adiós. (El Caballero sale sin cerrar la puerta. Vuelve.)
- CAB. (Muy humilde.) Usted dispense... ¿Quería usted hacerme un favor, un gran favor?
- PED. ¿Cuál?
- CAB. Permitirme que pronuncie en alta voz algunas palabras violentas. Mi mujer esta escuchando abajo, en el descansillo de la escalera. (Lamentable.) Me haría usted un favor, un favor muy grande...
- PED. Como usted quiera.
- CAB. Ya que usted me lo permite empiezo. (Alto.) Acepto sus disculpas de usted, caballero. Pero que no vuelva á ocurrir. ¡Mal educado! (Bajo.) Usted dispense.
- PED. No hay de que. (Se dan la mano lúgubrementes, se miran y levantan los ojos al cielo, avergonzados y suspirando.)
- CAB. Muchas gracias.
- PED. Usted mande. (El Caballero sale.)

ESCENA III

PEDRO. Después CARLOTA é ISABEL

- PED. (Abriendo la puerta del fondo.) Ya se ha ido. (Hablando consigo mismo.) Después de todo, puede que Brochot me lo explicase todo con una palabra. Ganas me dan de subir á su casa al ir á la escuela. (Entran Carlota é Isabel.)
- CARL. ¿Qué ha pasado?
- PED. Ya lo ves. Nada.
- CARL. ¿Te bates?
- PED. (sin convicción.) No.
- CARL. ¿Qué le has dicho?
- PED. Lo que tenía que decirle.
- CARL. ¡Pedro!
- ISAB. Déjale. Ahora necesita toda su serenidad. De sobra sabemos lo que son esas cosas.
- CARL. (sincera.) ¡Pedro! No te batas. ¡No quiero que te batas!
- PED. No te preocupes por eso.
- CARL. No te batas. ¡Ya estoy satisfecha!
- ISAB. Busque usted padrinos que arreglen la cuestión.
- PED. ¡Es inútil!
- ISAB. Todo se puede arreglar con un acta.
- CARL. Yo, con tal que se sepa en la vecindad que te has querido batir por mí, tengo bastante. ¡No quiero que te batas!
- PED. No te preocupes. Ese caballero y yo somos los mejores amigos del mundo.
- CARL. ¿Te ha dado disculpas?
- PED. Ninguna.
- CARL. ¿Te ha amenazado? ¿Has tenido miedo?
- PED. No. Hemos reconocido que estamos en una situación parecida y poco airosa, y hemos lamentado, á dúo, no tener el valor necesario para salir de ella.
- CARL. Ya van dos veces que me hablas hoy de separación.
- PED. Aun no hemos acabado el día. (Coge el sombrero, el bastón y la cartera.) ¡Hasta la vista!

ISAB. ¡Y yo que le felicitaba por su valor!
PED. (Desde la puerta. A Isabel.) Me permito aconsejarle á usted, señorita, que nos dej- á Carlota y á mí arreglar lo mejor que podamos nuestras desdichas. Guarde usted su solicitud para las suyas propias, si es que las tiene usted, como le deseo. (Sale.)

ESCENA IV

CARLOTA é ISABEL. Después EUFRASIA. Carlota al principio, llena de asombro, se echa á reir como una chiquilla

CARL. Pero has visto... has visto. Nos ha dejado pegadas á la pared.

ISAB. Me he quedado helada. No he sabido qué contestarle. (Decidiéndose á reirse.) Me desea desdichas. ¡Valiente tipo!

CARL. No te has enfadado, ¿verdad?

ISAB. (sin malicia) Por lo que me habías contado, creí que estaba mas enamorado de tí.

CARL. No te apures. ¡Si le hubieras visto hace un momento antes de llegar tú!

ISAB. ¿Estas segura de que te quiere?

CARL. ¡Ya lo creo!

ISAB. Lo que es yo no consentiría á ningún hombre que me tratase de ese modo... sobre todo, delante de gente. Ten cuidado. Es más viejo que tú y está obligado á guardarte muchas consideraciones.

CARL. Me las guarda.

ISAB. Si á mano viene se habrá estado riendo de tí con el tipo ese de la llave.

CARL. Tienes razón. Cualquiera que no me conociese, como tú me conoces, creería que no le importo un comino.

ISAB. ¡Lo que son las apariencias!

CARL. Y yo tengo tanto amor propio como la que más.

ISAB. Naturalmente.

CARL. Te aseguro que esta me la paga.

ISAB. Después de todo, si le quieres, eso es cuenta tuya.

- CARL. Es que... pensándolo bien... no estoy segura de quererle tanto.
- ISAB. Razón de mas para que él comprenda lo mucho que te debe. ¡Cuando pienso que se ha atrevido á hablar de dejarte! ..
- CARL. Dispensa, hija; yo no he oído semejante cosa.
- ISAB. Pues yo sí.
- CARL. Te habrás equivocado.
- ISAB. Te digo que lo ha dicho.
- CARL. Pues si lo ha dicho, no lo piensa.
- ISAB. Es que sólo decirlo, es bastante.
- CARL. Es que ha querido echárselas de amo delante de tí. Pero si le vieras cuando estamos solos .. Con que yo levante el dedo meñique, pierde la cabeza. (Entra Eufrasia con una cesta de provisiones. Saluda á Isabel y se dirige á la cocina.)
- EUF. (A Carlota) Ya he llevado la carta, señorita.
- CARL. ¿Qué carta? (De pronto.) Ya me acuerdo.
- EUF. La entregué en propia mano. (Sale.)
- ISAB. ¡Cuando pienso que temblabas por su vida! ¡Que le has pedido que no se bata!
- CARL. Es que si te figuras que no me va á pagar la que me ha hecho delante de tí, te equivocas. Yo no deajo que se me imponga nadie... ¡Si supieras lo que he decidido.. en el mismo momento en que estaba diciéndonos impertinencias!...
- ISAB. ¿Qué?
- CARL. Ahora verás. (llamando.) ¡Eufrasia! (Aparece Eufrasia.) Eufrasia: meta usted todas mis cosas en el baul, y cuando vuelva el señorito llan a usted al portero por la ventana para que le ayude á usted á bajarle. Si el señorito dice que no le baje usted, usted contesta que yo se lo he mandado, y no cede usted hasta que yo diga. Es para hacerle rabiarse un poco.
- EUF. Está bien. (sale por el fondo.)
- ISAB. ¿Te vas á marchar?
- CARL. No; pero le voy á dar una lección. A tí no se te hubiese ocurrido, ¿eh? Espérate á que vuelva y verás la cara que pone. (Risas.)
- ISAB. ¿Y si te deja que te marches?

- CARL. ¡Ay, hija mía! de sobra tendré donde ir. Ya ves que no soy tan víctima como tú te figuras. Le diré que me macho... porque me voy á casar.
- ISAB. Es una idea.
- CARL. Te digo que va á poner una cara...
- ISAB. (Riendo.) Oblígale á pedirte perdón.
- CARL. (Riendo.) Naturalmente.
- ISAB. Y si te quedas te haré un regalo.
- CARL. Eso es... Mira. Un collar de plata para.. para el hijito rico de su mamáita, como dice.. ese.
- ISAB. Con sus iniciales.
- CARL. Con sus iniciales. (Entra Pedro.) ¿No has ido á clase?
- PED. No; he visto en el camino que ya era tarde para la primera. Iré á la segunda, y ya es bastante.
- CARL. Me alegro, porque tengo que hablarte.
- ISAB. Hasta la vista.
- CARL. No te vayas. Quédate.
- ISAB. No, gracias. Hasta la vista. (sale.)

ESCENA V

CARLOTA y PEDRO

- CARL. Te advierto que esto se va á acabar muy pronto.
- PED. Me alegro.
- CARL. Me has tratado hace un momento de una manera que no olvidaré nunca. ¡Y delante de Isabel! ¿De modo que no te da cuidado que me insulten? No te importa, ¿verdad? No te indigna. Isabel me ha dicho que me tiene lástima.
- PED. (Dejando el bastón y el sombrero.) Vengo de casa de Brochot.
- CARL. ¡Ah!
- PED. Le he encontrado á la puerta y ha hecho como si no me viese.
- CARL. No es extraño. ¡Desde que fuimos á Fontainebleau le pones una cara!

- PED. Carlota, sabes que me han dicho...
- CARL. ¿Qué te han dicho?
- PED. Que tú y él...
- CARL. ¿Y lo has creído?
- PED. No.
- CARL. ¡Lo has creído!
- PED. No... pero ..
- CARL. ¿Pero...?
- PED. ¡Brochot ha venido aquí esta mañana no estando yo en casa! ¡No mientas! ¿Ha venido?
- CARL. Sí.
- PED. Me vas á decir que ha venido á visitar al perro.
- CARL. No, no ha venido á visitar al perro.
- PED. Ya sé que no es verdad.
- CARL. Ha venido á visitarme á mí.
- PED. ¡Oh!
- CARL. Y he tenido que ponerle de patitas en la calle.
- PED. ¡Carlota!
- CARL. Sí, señor. A tu amigo; á tu querido amigo; á tu grandísimo amigo; á tu amigo del alma. Has de saber que si yo quisiera... si hubiese querido ..
- PED. ¿Estás segura de que no has querido?
- CARL. Hace un momento le he mandado una carta con Eufrasia, puedes preguntárselo á ella, para decirle que no vuelva á poner aquí los pies. Le digo que tú lo sabes todo.
- PED. Sí, lo sé todo...
- CARL. ¿Y qué es lo que sabes? Porque no pasa nada.
- PED. Os ví en el tren cuando volvíamos de Fontainebleau.
- CARL. ¡Si estabas dormido!
- PED. Fingía estarlo, pero ví que os estrechábais la mano debajo de la caja de herborizar.
- CARL. Tú has soñado.
- PED. Lo ví. Te digo que lo ví.
- CARL. Bueno; lo viste, ¿y qué? Era de broma. Y además...
- PED. (Interrumpiéndola.) ¿Y en el bosque? ¿Por qué estuvisteis perdidos tanto tiempo?
- CARL. Estábamos jugando al escondite.

- PED. ¡Una hora larga!
- CARL. ¿Por qué no nos encontraste tú antes? A le-
más...
- PED. Me haces muy desgraciado.
- CARL. (Triunfante.) Además yo ya te lo había adver-
tido.
- PED. ¡Cómo!
- CARL. Ahora creerás en los presentimientos.
- PED. ¿En qué presentimientos?
- CARL. ¿No te dije que si te empeñabas en llevarme
a Fontainebleau nos sucedería algo á uno
de los tres?
- PED. Y me ha sucedido á mí, ¿verdad?
- CARL. Tú eres el que lo dices. (Pausa.) Pero no es
verdad.
- PED. ¡Ay, querida! ¡Ya has confesado la verdad
dos veces, sin darte cuenta!
- CARL. Oyeme, Pedro. ¡Pedro! Si no pasó nada. Si
todo fué broma. Verás, te lo voy á contar.
- PED. Más vale que no me lo cuentes.
- CARL. Aunque te lo contara podrías perdonarme
porque todo lo que pasó fué cosa de juego.
¿No quieres que te lo cuente? Todo lo com-
prenderías. ¡Me hizo reír tanto! Es más gra-
cioso. ¡Imita de un modo el ferrocarril!
- PED. Eso es. Sabe imitar el ferrocarril. ¡Quién va
á figurarse todo lo que puede hacerle gra-
cia a una mujer! ¡Y puede que haya toda-
vía jóvenes de veinte años que aprendan la
canción de Fortunio! (Va á salir.)
- CARL. ¿Te marchas?
- PED. Más vale.
- CARL. Podías hablar conmigo.
- PED. Estaré mejor en la calle.
- CARL. Ya lo sabemos. Tú estás bien en todas par-
tes menos conmigo... ¡Conmigo sufres... eres
desgraciado! Haces muy bien. ¡Vete!
- PED. Es verdad. Fuera de casa, tengo momentos
de descanso. Pero son cortos, porque soy
como un presidiario que se escapa y sabe
que á la noche le vuelven á coger de se-
guro.
- CARL. No sé quién te obliga á volver á la cárcel.
- PED. ¡Si crees que no he pensado nunca en no

- volver! Hay veces en que á la puerta misma, cuando vengo á comer me dan unas tentaciones de no subir. Pero acabo por volver siempre, y los más de los días, á la mañana siguiente vuelvo á mi trabajo con lágrimas en los ojos y suspiros en el corazón.
- CARL. Y yo, ¿crees que me divierte pasarme el día aquí, sola, encerrada, sin hablar con nadie?
- PED. Sí me quisieras, te importaría poco.
- CARL. No te quiero, ¿verdad? Es muy agradable oírte decir eso, después de todos los sacrificios que he hecho por tí.
- PED. ¡Los sacrificios! ¿Qué sacrificios?
- CARL. ¿Qué sacrificios? ¿Y mis quinientos francos?
- PED. ¿Qué quinientos francos?
- CARL. Los quinientos francos que heredé de mi tío. ¿No te los dí?
- PED. Perdón. Me los prestaste.
- CARL. ¿Qué más da?
- PED. No; no da lo mismo. (Empieza á contar.) Cuando me prestaste...
- CARL. Me parece que no vas á llegar á clase.
- PED. Tomaré el ómnibus.
- CARL. Se tarda más que á pie.
- PED. Pues tomaré un coche.
- CARL. ¡Como tienes tanto dinero de sobra!
- PED. Esos quinientos francos. .
- CARL. ¿Los necesitabas, si ó no?
- PED. Sí; pero...
- CARL. ¿Te los dí ó no te los dí?
- PED. Me los prestaste.
- CARI. Bueno, te los presté, si te empeñas.
- PED. Sí; pero contra mi voluntad.
- CARL. (Irónica.) ¡Claro!
- PED. Yo los hubiera encontrado en otra parte.
- CARI. Eso lo dices ahora.
- PED. Y te los devolví.
- CARI. ¿Quién dice lo contrario?
- PED. A los dos días.
- CARL. No nos metamos en fechas. El caso no lo puedes negar ¿no es eso? Pues, hijito mío, cuando un hombre admite dinero de una mujer, no tiene derecho á tratarla como á una cualquiera.

- PED. Dentro de poco, te vas á figurar que me mantienes.
- CARL. (Volviendo á su tema.) ¡Conque no te quiero! Y el año pasado, ¿quién te cuidó cuando tuviste la gripe? ¿Quién se pasó las noches en vela, dándote potingues cada media hora como una hermana de la caridad? Habrá sido el vecino de al lado.
- PED. No; no ha sido el vecino de al lado.
- CARL. Hijo mío, cuando se han recibido ciertos favores...
- PED. ¡Favores que tú me impusiste, créelo!
- CARL. ¿Hubieras preferido que te dejase llevar al hospital?
- PED. Indudablemente.
- CARL. ¡Qué hubiesen dicho de mí! Cada uno tiene su amor propio.
- PED. Pero el tuyo soy yo quien le paga.
- CARL. (siguiendo su tema.) ¡De modo que te hago des-graciado! No sé que más voy á hacer por tí. Te pasas la vida como un salvaje metido en tus hierbas ó en tus papeles. Te dignas dirigirme la palabra una vez al año.
- PED. ¿De qué te voy á hablar? ¡No te interesa nada de lo que á mí me gusta!
- CARL. Y á tí, ¿te interesa lo que me gusta á mí?
- PED. ¿El folletín? ¿Los chismes de la portera?
- CARL. ¡Hijo, yo no soy como tú, que te las echas de grande con los porteros!
- PED. Es posible...
- CARL. Es posible... Si me hubieran educado como á tu hermana, sabría darme tonos... Pero tú no te ocupas nunca de mí: no me hablas nunca de tu familia.
- PED. Bastante me hablas tú de la tuya. Hay que tomar una resolución. (Mirando al reloj.) ¡Ea! Ya perdí la clase...
- CARL. ¿Y qué va á pasar?
- PED. Que la habrá dado otro. (Deja el bastón y el sombrero.) Te estaba diciendo... sí... Tienes razón. Aparte de estas agradabilísimas escenas cotidianas, no tenemos nada que decirnos. Cuando terminamos la batalla, que no cesa hasta que tú estás rendida de can-

sancio y yo de vergüenza, nos resignamos á la reconciliación habitual, y no sabemos hacer juntos más que una sola cosa, siempre la misma, ¿sabes cuál?

CARL. Eso es lo único que nos reúne.

PED Y hay que convencerse de que no es suficiente.

CARL. No; es asombroso lo muy extrañas que pueden ser una para otra dos personas que viven juntas.

PED. Por lo cual vale más separarse.

CARL. Muy á menudo lo dices. ¿Es de veras?

PED De veras.

CARL. Quieres dejarme. (súbitamente.) ¿Te vas á casar?

PED Ya soy demasiado viejo.

CARL. Entonces me dejas sencillamente porque estás harto de mí ¿O es que vas á vivir con otra?

PED. (Con sinceridad aterradora.) ¡No! ¡Con una vez basta!

CARL. (Ofendida.) ¡Insolente! ¡Eso es lo que me quieres! ¡Eso es lo que valgo para ti! ¡Fíese usted de hombres! ¿Y cuando va á ser esa separación?

PED Cuanto antes mejor.

CARL. ¿Hoy?

PED O mañana...

CARL. Esto ya es demasiado.

PED. Pero mejor sería hoy.

CARL. Hace cinco años que nos conocemos; dos años que vivimos juntos ¿y ese es todo el cariño que me tienes?

PED. ¿Y tú me has querido nunca?

CARL. Hijo, esta vez no quiero que me digas que miento. ¡No!

PED Quiero esperar que esta vez también mientas.

CARL. No, hijo; puedes creerme á pies juntillas.

PED. Entonces. ¿por qué me hiciste caso?

CARL. Mira, no me obligues á hablar en serio.

PED No puedes.

CARL. No, ¿verdad?

- PED. Ya sabes lo que son las mujeres que se dan sin amor.
- CARL. ¡Ay, hijito! Nada de frases, ni de melodramas, ni de tragedias. ¡Nuestra historia no puede ser trágica! Todas esas grandes palabras están demás. Puede que me des risa ó lástima, ¡pero lo que es miedo, eso sí que no!
- PED. ¿Por qué me has hecho caso si no me quieres?
- CARL. Ya me lo has preguntado otra vez.
- PED. Pues responde.
- CARL. ¿Te gustaría que te dijese que me sedujo tu linda cara ó tu posición? ¡No, hijito! Si te hice caso fué porque cuando te presentaste... no habia otro á mano.
- PED. ¿Y necesitabas compañía?
- CARL. No tanto. Portamonedas.
- PED. ¿Para trapos?
- CARL. Para pan.
- PED. Entonces deberías tenerme agradecimiento.
- CARL. Si me hubieses llamado por bondad..
- PED. Siempre has mentido. ¿Quién me dice que ahora no mientes también?
- CARL. Te he mentido siempre, porque no habia otro remedio... Ya ves.. la primera vez que te hablé te dije que ya habia tenido un amante. Era mentira.
- PED. No puedes decidirte á decir la verdad ni siquiera cuando te favorece.
- CARL. Te lo dije porque á los hombres prácticos os dan miedo las responsabilidades. La mentira es la única defensa de las mujeres.
- PED. Es que tú has hecho más que mentir. Me has engañado; lo sé.
- CARL. Olvidalo.
- PED. No puedo. También lo sabe toda la vecindad.
- CARL. No te importa que te engañe, lo que temes es ponerte en ridículo.
- PED. Puede.
- CARL. ¿Y á eso es á lo que llamas amor?
- PED. Amor... valiente porquería es el nuestro.
- CARL. Lo dirás por tí.

- PED. Por los dos... Pensar que nos decimos ahora esto y que hace pocas horas...
- CARL. Nos decíamos: «Te quiero».
- PED. Sí; dice uno: «Te quiero», y no quiere uno más que á sí mismo. (Después de una pausa.) Si me jurases... pero de veras, que entre Brochot y tú todo se ha limitado á unas cuantas bromas... y que no le volverás á ver nunca...
- CARL. Te... (Se abre la puerta del fondo. Aparece Eufrasia, de espaldas, arrastrando un baul que hace entrar en escena.)

ESCENA VI

DICHOS, EUFRASIA y el PORTERO

- PED. ¿Qué es eso?
- EUFR. (Representando el papel que le ha enseñado Carlota.) Es el baul de la señorita. He llamado al portero por la ventana para que me ayude á bajarle. (Sale á la escalera.)
- PED. ¿Te marchabas?
- CARL. No.
- PED. ¡Sí! ¿Con Brochot!
- CARL. ¡No!
- EUFR. (Entra, continuando su papel.) ¿Dice el señorito que no baje el baul? Yo hago lo que me han mandado y nada más.
- PED. No he dicho nada.
- CARL. Deje usted ahí el baul. He pensado otra cosa.
- EUFR. Era por broma, señorito.
- PED. ¿De modo que preparas comedias con la criada? ¿O es que te marchas con Brochot ó es que te quedas porque no sabes dónde ir?
- CARL. ¿De veras? Pues llévesele usted. Llévesele usted. (A Pedro) Te conozco de sobra. Antes de dos días irás á suplicarme que vuelva, me llamarás... Pero te advierto que será inútil... Me marchó...
- PED. Vete.
- CARL. Me voy.

- PED. Está bien.
CARL. Y para siempre, ¿sabes? ¿No lo crees?
PED. Sí. (Pausa.)
CARL. ¿De modo que me dejas marchar?
PED. Sí.
CARL. Ya te arrepentirás.
PED. Me parece que no.
EUF. (Volviendo á entrar por el fondo.) El sombrero y la sombrilla que me ha pedido usted. (Aparece el portero.) Ayúdeme usted á bajar esto. (Sale con el portero y el baul.)

ESCENA VII

PEDRO y CARLOTA

- CARL. (Revolviendo papeles.) ¿Dónde están mis guantes?
PED. (Amenazador.) Hazme el favor de no revolver eso.
CARL. Para lo que me importan á mí tus papelotes... (Mueve el herbario)
PED. ¡Que vas á tirar el herbario!
CARL. ¡Ah, sí, tu joya! (Coge el herbario.)
PED. ¡Dame eso!
CARL. ¡No me toques! ¡No te acerques! Mira que lo rompo. ¿Eh? Si quisiera vengarme.. Juro que si te acercas arranco esta hoja.
PED. ¡Mi *Pteris osmunda!* ¡Dámelo, te digo!
CARL. (Rabiosa y fea imitándole.) Dámelo, te digo.
PED. ¡Suelta, no seas loca!
CARL. ¡Suelta, no seas loca! ¡No te lo doy, no y no! (Pone la mano sobre la flor dispuesta á arrancarla)
PED. ¡Mira que si me enfado!
CARL. ¡Mira que si me enfado!
PED. ¡Mira que te pego! Mira que...
CARL. ¡Mira que te pego! Mira que...
PED. (Fuera de sí.) ¡Quieres dejar eso! (Entra Eufrasia.)
CARL. Diga usted, Eufrasia, ¿ha visto usted alguna vez á un imbécil rabioso? Pues ahí tiene usted uno. ¡Mírele usted! ¡Qué ojos! ¡Ni que estuviéramos en la casa de fieras! ¡Parece un tigre! ¿No le da á usted miedo, Eufrasia?

- A mí tampoco. Y eso que dice que me va á pegar...
- EUF. ¡Por Dios, señorito!
- CARL. ¡Porque le voy á estropear las hierbas! (Como una furia, casi babeando) ¡Toma hierbas, tomal (Arranca las plantas)
- PED. ¡Rayos y trueno! (Se arroja sobre ella, coge el herbario, que ella no suelta: le aprieta las muñecas.)
- CARL. ¡Suelta, que me haces daño! (Le da una bofetada.) ¡Toma una flor para la colección!
- PED. (Que logra dominarse y se sienta con el herbario en una mano y en la otra el pañuelo con el que se limpia la sangre de un arañazo.) Y ahora, ángel mío, me parece que, definitivamente, se acabó todo entre tú y yo.
- CARL. (A Eufrasia.) ¿Qué está usted haciendo ahí? D-me usted el sombrero.
- EUF. Tome usted, señorita.
- PED. ¡No se te vaya á olvidar la sombrilla, tesoro mío!
- CARL. ¡Buenas tarde!
- PED. Adiós .. (De repente.) ¡Espera! (Va hacia la puerta del fondo: á mitad de camino vuelve, recoge su herbario, y llevándole debajo del brazo, sale.)
- EUF. (A Carlota, que se está poniendo el sombrero.) ¿Y Carlitos, señora?
- CARL. Dejele usted. Con eso me queda un pretexto para volver. Vaya usted á buscar un coche. (-ale Eufrasia.)
- PED. (Entrando con la cesta comprada en el primer acto, dentro de la cual está el perro: sencillamente.) ¡Se te olvidaba el hijito rico de su madrecita! (Carlota mira á Pedro con odio. Después sale llorando sinceramente. Pedro solo.) ¡Uf! (Se pone á componer el herbario.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración. Algunos días después

ESCENA PRIMERA

PEDRO, el CABALLERO y el PORTERO

- PED.** (Al Portero.) Llévase usted esa carta y devuélvesela usted al cartero que la ha traído. No la quiero. Y devolveré igualmente to las las que me envíe esa señora. Desde hace tres días que se marchó he rechazado con la misma energía cuatro telegramas, dos tarjetas postales, tres cartas certificadas y una sin certificar. Continuaré haciendo lo mismo sin violencia, pero sin debilidad. (Al caballero.) Le sorprende á usted, ¿verdad?
- CAB.** Podría usted aceptar las cartas y no leerlas.
- PED.** No quiero exponerme á la tentación. Y si cediese, me enfadaría seguramente por las injurias que de seguro me prodiga en ellas.
- PORT.** A juzgar por el tono de las tarjetas postales puedo asegurarle a usted que...
- PED.** ¡Ah! ¿Las ha leído usted?
- PORT.** (Asombrado.) ¡Toma! ¡Si no va uno á leer las tarjetas postales!..
- PED.** Léalas usted... pero no me las cuente. Otra cosa. Se ha dejado aquí una porción de chismes. Diga usted á su mujer que suba á empaquetarlos.

- PORT. ¡Ay, no señor! Nosotros no hacemos ciertas cosas.
- PED. Lo mismo da. Los empaquetaré yo.
- PORT. En eso no me meto. (sale.)
- CAB. Le admiro á usted.
- PED. Al abrirme los ojos me hizo usted un gran servicio. ¡Ojalá pueda devolversele á usted!
- CAB. Yo en ese punto ya no tengo nada que esperar.
- PED. ¿Ha esperado usted en balde una ocasión?
- CAB. ¡No; no es eso! Con la mía no se atreve nadie. ¿Todavía no la echa usted de menos?...
- PED. Pregunte usted á un prisionero que se escapa, á un condenado á quien indultan, á un mártir que se libra del tormento, si desean volver al calabozo, al presidio, á la hoguera; pero no me pregunte usted si echo de menos mi esclavitud.
- CAB. Está usted fuerte en literatura.
- PED. (Modesto.) No; pero la hondura de un sentimiento conduce á la elocuencia.
- CAB. ¿Quién asegura que no la volverá usted á llamar?
- PED. Deje usted que me ría.
- CAB. Si vuelve, si se arroja á los pies de usted llorando...
- PED. He conseguido hacerme un corazón de roca. ¿Cree usted que no ha empleado ya todos los medios? Si la hubiese usted visto cuando se marchó, suplicante, sumisa... Opuse á sus lloros y á sus quejas la más fría impassibilidad.
- CAB. ¿Y no sabe usted qué ha sido de ella?
- PED. Me ha escrito. Me he negado á recibir sus cartas. Ha venido á llorar á la portería. Ha amenazado con suicidarse...
- CAB. Es un ardid gastado. (Riéndose.) Le cree á usted más cándido de lo que es usted.
- PED. ¡Ay! Acabo de pasar tres años que me han dado experiencia, se lo juro á usted.
- CAB. Sí; cada año de... *compañera* vale por dos.
- PED. Me parece que he vuelto de un viaje. He ido á buscar á muchos amigos, á quienes había perdido de vista. Me he paseado á las

horas en que antes me estaba prohibido pasear. He ido á sentarme en las terrazas de los cafés para ver pasar á las mujeres. . á las mujeres de los demás; he venido tarde á comer. He gozado la sensación exquisita de retrasarme sin temor á una escena, sin miedo á una disputa. He comido *choucroute*, que ella no me dejaba comer... porque me hace daño; he bebido cerveza, que también me estaba prohibida. El resultado ha sido una indigestión, es verdad; pero como no la tenía al lado para repetirme: «Ya te lo había dicho yo», ni siquiera he sentido los dolores. Me he venido á acostar á las dos de la madrugada, y me he tumbado en la cama á gusto, solo, como una rana, una pierna aquí y otra á media legua, con una almohada encima de la cabeza y otra en los brazos.

CAB. Me da usted mucha envidia. Es usted muy cruel conmigo. (se levanta.)

PED. ¡Y la alegría de volver á encontrar á los compañeros antiguos! Llegaba con los brazos abiertos, y algunos me ponían mala cara porque ya no me conocían... ¿De dónde sales? me preguntaban todos. Y cuando terminaba de contar mi historia veía pasar una sombra por muchas frentes y muchos ojos se apartaban para ocultar una mirada de envidia, y para disimular la mueca rabiosa que les arriancaba el contacto de la cadena, de la que acababa, yo libre, de hacerles notar el peso. Usted perdone.

CAB. ¡Qué feliz debe usted ser ahora!

PED. Por el boulevard voy muy tieso, jugando con el bastón. Creo que respiro mucho más aire que los demás, llego á mi escuela mucho antes de la hora de clase, con todos los trabajos de los alumnos corregidos á conciencia. Los pobrecillos no estaban acostumbrados y esta inesperada justicia los tiene espantados. Ya era tiempo de que cumplierse bien, porque me ha dicho el director de estudios que estaban dispuestos á tomar

contra mí medidas de rigor. Y todos los domingos iré á Fontainebleau.

CAB.

Ya se cansará usted.

PED.

O si no... no... no iré á Fontainebleau. Pero no iré tampoco á Ville-d'Avray... Y cuando me parece, me siento encima de la mesa, y pongo los pies encima del sofá. No intente usted comprender lo que digo. Soy un hombre feliz... Y el mes que viene... el mes que viene son las vacaciones y entonces... Mire usted. (saca un sobre del bolsillo interior de la americana.) ¿Sabe usted lo que tengo aquí dentro? ¡Dos hermosísimos billetes de cien francos! D. cientos francos que he ido ahorrando céntimo á céntimo, á escondidas, quitándomelo del tabaco y del tranvía.. para hacer un viaje á Bretaña, donde hay unos helechos extraordinarios... Bueno; pues el mes que viene, con este dinerito, tomaré un billete de baños y me iré solito... Ese viaje que ella no me ha dejado hacer nunca, le haré sin ella... ¡Sin ella! No puede usted saber toda la dulzura que encierran estas dos palabras (Guarda cuidadosamente el sobre.)

CAB.

¡Me pone usted nervioso!

PED.

Usted dispense.

CAB.

(Gozoso.) Han llamado. Apuesto cualquier cosa á que es ella.

PED.

No.

CAB.

Ella que viene á buscarle á usted.

PED.

Le digo á usted que no.

CAB.

¡Está usted emocionado! (Vuelven á llamar.)

PED.

Adelante.

CAB.

Yo les dejo á ustedes. (Se dirige hacia la puerta y encuentra á Brochot, á quien saluda y sale.)

ESCENA II

PEDRO y BROCHOT que entra bastante cariacontecido. Trae un paquetito en la mano

BRO.

Buenas tardes.

PED.

¿Qué vienes á hacer aquí?

- BRO. He sabido que estabas solo.. y he subido á decirte buenas tardes.
- PED. ¿Tienes el gran tupé.
- BRO. Como... ella... ya no está contigo, he creído que no me guardarías rencor. Mi amistad...
- PED. ¿Te atreves á hablarme de tu amistad?
- BRO. Por favor te pido que creas que no ha disminuído en nada.
- PED. ¿Quieres que además te dé las gracias? ¿Que te felicite?
- BRO. ¡Av! No tienes por qué felicitarme. A pesar mío, no ha pasado nada.
- PED. ¡Falso, hipócrita, ladrón!
- BRO. (Humilde.) Pedro, mira lo que dices...
- PED. ¿No es verdad lo que digo?
- BRO. Aunque lo fuera, que no lo es, nuestra amistad va tan antigua debiera hacerte menos violento.
- PED. A tí no te ha hecho más escrupuloso.
- BRO. Todo eso que me dices, ya me lo he dicho yo á mí mismo y no vale la pena de que me lo repitas. Me apesadumbras y te pones nervioso: eso es todo. De sobra sabes que te sienta mal sofocarte.
- PED. ¿Y si hubiera ido á darte una paliza, que buenas ganas he pasado de hacerlo?
- BRO. ¿Por qué no lo has hecho? Siempre has sido más fuerte que yo. En el colegio me pegabas á menudo. ¿Te acuerdas?
- PED. ¡Canal a!
- BRO. Tenías más fuerza que yo, y, sin embargo, te defendí una vez, contra un mayor.
- PED. ¡Villano!
- BRO. ¡No me dejas hablar!
- PED. ¡Judas!
- BRO. Nunc te he dado mayor prueba de amistad que la que te estoy dando en este momento. Te consiento lo que no le consentiría á nadie. Por más que te miro, no puedo adivinar que es lo que le ha seducido en tí. Tu hermosura no ha sido... de seguro... ni tu talento.
- BRO. ¡Escucha!...
- PED. No sé el qué. ¡Ah! ¡ya caigo!...
- BRO. Mira que vengo á pedirte perdón.

- PED. Te perdonaré con una condición.
BRO. Dila.
PED. Que me enseñes á imitar el ferrocarril.
BRO. ¿Qué quieres decir con eso?
PED. Mi educación está incompleta. No practico ese arte de adorno.... me equivoco... ese arte de utilidad, de gran utilidad. Enséñame á á imitar el ferrocarril, á ser risible, un poco grotesco. Gracias á eso, si un día quiero hacer traición á un amigo, tendré lo necesario para gustar á su mujer.
- BRO. Pero si te aseguro que no la he gustado.
PED. ¡Anda! Dame la primera lección. ¡Haz fu, fu, fu y chi, chi, chi! Con eso tendré el gusto de ver á un seductor en ejercicio.
- BRO. Te burlas de mí.
PED. No. Ella me ha declarado, te lo repito, que ese era el mayor de tus encantos. Porque real y efectivamente eres feo.
- BRO. No pretendo ser guapo.
PED. No lo pretendas. Eres feo.
BRO. Como todo el mundo.
PED. No. Eres feísimo.
BRO. Pero no más que tú.
PED. Sí, mírate al espejo. Tienes la nariz ridícula, los ojos espantados y la boca inexpresiva.
- BRO. ¿Has terminado?
PED. Por lo tanto no es tu físico el que hace de tí un conquistador. ¿Será tu talento? No le tienes. Pero le has reemplazado por la clase de estupidez que les gusta á las señoras.
- BRO. No soy más idiota que tú.
PED. Muchísimo más. Si vieras en este momento la cara atontada, molesta y estúpida que pones, te comprarías una careta. ¡Juro que te comprabas una careta.
- BRO. ¿Sabes que acabas por fastidiarme? ¡Ea!
PED. ¡Admirable! Has consentido que te llama canalla y Judas, pero te enfadas porque critico tu belleza.
- BRO. ¡Basta, Pedro!
PED. Te crees un don Juan. Quieres ser amado. Quien sabe; acaso te habrás enamorado de ella.

- BRO. Es posible.
PED. Y comprendes, que cuanto menos digno seas tú de justificar un capricho más de mala mujer es la conducta de ella.
- BRO. ¡Te prohibo que la insultes!
PED. A ver, repite eso.
BRO. Te estás portando como un villano.
PED. ¿Sabes que te voy á poner de patitas en la calle?... Anda á buscarla, anda, que haréis buena pareja. Tu honor y el suyo son del mismo calibre.
- BRO. Y tú tampoco vales más que yo.
PED. Cuando entraste en mi casa el primer día no tenías amigo, no tenías mujer. Esperaste encontrar las dos cosas á un tiempo. Te pareció muy cómodo sentarte á una mesa amiga. Te pareció muy bien una muchacha joven y decente. No tenías amante... por egoísmo, para no tener preocupaciones, para arreglarte la vida cómodamente. ¡No digas que no! ¡Tú mismo me lo has confesado!
- BRO. Puede ser por las mismas razones no te has casado tú. Acuérdate de tus confidencias.
PED. Pero yo no he ido á casa de un amigo á robarle la mujer.
BRO. No te la he robado. Pero lo mereces.
PED. ¿Por qué?
BRO. Porque no la querías.
PED. ¿Que yo no la quería?
BRO. No. Te gustaba y nada más. Era tu amante, no tu compañera.
PED. Eso me bastaba.
BRO. Pero á ella no. No buscaste en ella ningún afecto serio.
PED. ¡Como ella no buscó en mí más que el dinero!
BRO. ¡Perfectamente! Ese fué el principio de vuestros amores. Que no te extrañen las consecuencias... Hay muchos en tu caso con mucha menos suerte que tú.
PED. No sé qué me falta después del paseito en Fontainebleau.
BRO. Lo que pasó en Fontainebleau fué sólo por culpa mía.

- PED. Y suya...
- BRO. Ella no quiso más que darte celos.
- PED. Para hacerme reñir contigo. Eso ya lo sé. Todas aborrecen al amigo.
- BRO. Porque temen su influencia. Te aseguro que yo he sido el único culpable.
- PED. No te hagas el generoso. Tan poco vale ella como tú... ¡Como si no la hubiera visto yo hacerte monerías!
- BRO. Sí: esa fué toda la aventura. Carlota no quiso ir más lejos, te lo juro... Claro que yo fuí desleal contigo; tuve la intención; pero no me sirvió de nada... En mi lugar hubieras hecho otro tanto, ¡confiésalo!... No respondas porque sabes que digo la verdad... ¡Todos los hombres somos unos puercos!
- PED. Puede que tenga razón.
- BRO. Pero las mujeres son también unos animalitos curiosos... La sigues queriendo, ¿verdad?
- PED. ¡No!
- BRO. ¿No la quieres?
- PED. No.
- BRO. ¿De veras?
- PED. Lo afirmo con toda tranquilidad.
- BRO. Entonces no eres tú el más digno de lástima. Te vas á reír de mí, ¿qué remedio? Sólo tú puedes comprenderme. Me he enamorado de ella como un imbécil. No sabía lo que es estar enamorado. Una verdadera enfermedad. No duermo, como mal, tengo palpitaciones. No pienso mas que en ella...
- PED. Pues libre la tienes...
- BRO. ¡No me quiere!
- PED. ¿Te lo ha dicho? ¿La has visto?
- BRO. Ha venido á mi casa.
- PED. ¡Ja, ja, ja!
- BRO. Pero no á lo que te figuras. Cuando me dijo que os habíais separado quise conmoverla, hablándome de mi amor. Entonces... empezó á insultarme. Me dijo que yo era la causa de su desdicha, y estoy seguro de que se le pasaron ganas de pegarme.
- PED. ¿Tan pronto? Sigue, que me interesa.

- BRO. Rogué, supliqué. Creo que he sido bastante necio para llorar delante de ella. ¡Qué cándidos somos! ¿verdad, hijo?
- PED. Sí; bastante.
- BRO. A quien quiere es á tí.
- PED. ¿Te ha encargado que vengas á decírmelo?
- BRO. Sí.
- PED. Está loca...
- BRO. Nunca te ha querido tanto como ahora, ó por mejor decir, como te quiere desde que la echaste. Me lo ha contado todo en un torrente de lágrimas, casi con un ataque de nervios. Sin embargo, nunca me hubiese atrevido á venir á suplicarte, de parte suya, que la perdonases; pero esta mañana he recibido una carta...
- PED. Sí, tiene la manía de escribir.
- BRO. ... Una carta desesperada. Habla de suicidio.
- PED. No es la primera vez.
- BRO. Toma, léela.
- PED. De ningún modo.
- BRO. Debes perdonarla.
- PED. La perdono con tal de no volverla á ver.
- BRO. Deberías llamarla.
- PED. ¡Jamás!
- BRO. No puedes vivir solo.
- PED. Veré si me acostumbro. Además, voy á hacer un viajecito a Bretaña.
- BRO. Te aseguro que deberías llamarla otra vez.
- PED. ¿Y volver á Fontainebleau contigo?
- BRO. ¡Oh, yo!...
- PED. ¿Qué?
- BRO. Yo me voy á marchar de París. Sufro demasiado. Conozco que es para toda la vida. Lo he dicho. Se ríe. No piensa más que en tí. Tenía razón, soy un imbécil... ¡Pero qué tienen, qué mil diablos tienen para hacernos tan cobardes, tan miserables! Te lo digo, nunca, nunca he sentido lo que siento ahora. Por lo tanto, me marcho. Adiós... Te traía mi *morbidculus* de Van Tieghen
- PED. ¿Te desprendes de ese ejemplar único?
- BRO. Por dartele á tí, sí.

PED. Gracias.
BRO. Adiós.
PED. (Dándole la mano.) ¡Pobre infeliz!
BRO. (Volviendo desde la puerta) Te aseguro que deberías llamarla. (Por la puerta, que ha quedado abierta, entra Isabel muy conmovida.)

ESCENA III

DICHOS, ISABEL; luego el CABALLERO y el PORTERO

ISAB. ¿No está Carlota?
PED. De sobra sabe usted que no.
BRO. ¿Que sucede?
ISAB. Me ha escrito una carta.
PED. Naturalmente.
ISAB. Aquí está. (Lee.) «Esta tarde á las cinco iré á tirarme al Sena por el Puente Nuevo.»
BRO. ¡Y son las cuatro!
PED. (A Isabel.) ¿Y esa carta le conmueve á usted?
ISAB. ¡Si á usted le deja indiferente, es que no tiene usted corazón!
BRO. Verdaderamente, eres de roca.
PED. Cuando está uno decidido á suicidarse no avisa por adelantado el sitio y la hora.
ISAB. (Alargándole la carta.) Mire usted qué temblorosa está la letra.
PED. (Dejando la carta sobre la mesa.) En un viaje que hice recibí una carta suya con huellas de lagrimas. Después me confesó que las había hecho sacudiendo encima del papel la mano mojada.
BRO. Pero, ¿y si es verdad?
PED. El Puente nuevo está ahí, á dos pasos, vete si quieres. Aun tienes una hora.
ISAB. La ví antes de ayer. Y lloraba de veras, se lo juro á usted.
PED. Es que no puede resignarse á que sea yo el que he decidido la ruptura.
ISAB. ¡Si la hubiese usted visto! ¡Si la hubiese usted oído! La encontré en casa de su madre contemplando un grabado que acababa de

comprar y que representa la muerte de Ofe-
lia. Tenía en la mano un recorte de periódico
que contaba un suicidio por amor. Había
raspado las iniciales de la muerta y había es-
crito encima las suyas.

- PED. Sí, le gusta mirarse en los espejos.
ISAB. Le digo á usted que debería usted llamarla.
BRO. (Que estaba leyendo la carta sin cogerla de la mesa.
súbitamente.) ¡Pero si no es á la cinco, si es á
las tres cuando se suicida! ¡Mire usted... es
un tres... es un tres que usted ha tomado
por un cinco!
- PED. Nunca ha sabido hacer los números.
ISAB. ¡Es verdad! ¡Ay, Dios mío! Entonces..
BRO. ¡Corramos si aun es tiempo! (Entran el Caballe-
ro y el Portero, muy graves.)
- PORT. ¡Ay, señorito!
BRO. ¡Hable usted!
CAB. ¡Caballero...!
- PED. ¿Ha recibido usted una carta de Carlota?
PORT. La he recibido yo.
BRO. ¿Ha sucedido una desgracia?
PORT. No, señorito... no. Tranquílcese usted.
PED. Ya lo decía yo.
BRO. ¿No se ha suicidado?
PORT. Sí; pero gracias á un milagro no le ha pasa-
do nada.
- BRO. ¡Dios mío!
PORT. Sube detrás de mí.
PED. ¡Cómo! Es que..
PORT. ¡Señorito! era su última voluntad..
PED. Es que yo. .
PORT. Ahí vienen. Estábamos en la portería los
cuatro; mi señora, la señora de este señor,
este señor y yo, cuando un mozo de cuerda
nos ha traído esta carta que le había dado
una señora en el Puente Nuevo, á las cuatro.
- PED. (A Isabel.) Llevaba una hora esperándola á
usted.
- BRO. ¿Qué dice esa carta?
PORT. Lea usted.
BRO. (Lee.) «He pedido que mis restos mortales
sean llevados á casa del hombre á quien
tanto amé.»

- PED. (A media voz.) ¡Oh! (Brochot no puede seguir de emoción y alarga la carta á Isabel.)
- ISAB. (Leyendo.) «Ruego al casero y al portero que me dispensen el trastorno que voy á causarles.»
- PORT. Casi inmediatamente han traído á la pobre señorita. (Se oye ruido fuera.) Aquí está.
- PED. (Irónico.) ¡Su cadáver sube las escaleras! (Cabecea. Con recogimiento.) Vamos á salir en los periódicos (Entra Carlota sollozando, oculta al público por la Portera, la Señora del piso cuarto y los demás, que la acompañan hasta la puerta del fondo. El salvador (marinero de Paris) viene detrás. Isabel sale por el fondo con Carlota.)

ESCENA IV

PEDRO, el CABALLERO, BROCHOT, el PORTERO, la PORTERA, la SEÑORA del piso cuarto, el SALVADOR

- PED. (Después de haber mirado largamente al grupo. Al Caballero.) Adivino lo que ha sucedido. Ha bajado á la orilla del río dando gritos, y cuando ha estado bien segura de que la seguían, se ha metido en el agua hasta media pierna.
- SEÑORA (Fea, bigotuda, de edad muy respetable y con aire terrible.) ¡Eso que dice usted es indigno! Yo estaba allí y se ha tirado desde el puente.
- PED. ¡Desde lo alto del puente!
- SEÑORA A mi esposo se lo estaba diciendo.
- CAB. La señora es mi... amiguita.
- SEÑORA Pasaba por allí. Veo gente que mira, echo á correr, bajo á la orilla y veo á este señor que traía en su barca á la pobre señora. (Todos se vuelven hacia el Salvador.)
- SALV. Sí, caballero, yo soy el salvador; Juan Perrin, marinero. Esta señora ha tenido la suerte de que estuviera yo a lı́ con la barca. Cuando la enganché con el palo iba á desaparecer. Pero he oído la voz de mi valor: me gusta hacer un favor siempre que puedo.
- PED. ¿De modo que no le ha sucedido nada?

- SEÑORA Nada, por milagro.
- PED. (Tímidamente como hablando consigo mismo.) ¿Y á qué la traen aquí si no le ha sucedido nada?
- BRO. (Al Salvador.) Caballero, es usted uno de esos héroes á quienes no hay modo de honrar bastante. Permítame usted que le estreche la mano.
- SALV. Si le agrada á usted...
- CAB. Y á mí también.
- BRO. Y á mí una vez más.
- SALV. ¿Es usted el señor de la señorita?
- BRO. (Un suspiro.) ¡Ay, no! Es el señor. (Señalando á Pedro.)
- CAB. (A Pedro, que está aparte.) Me parece que está usted faltando á la corrección. Vaya usted á darle las gracias.
- PED. Pero sí... á mí... ella... si ya... Si nos habíamos separado.
- TODOS ¡Qué hombre! (Con gran reprobación.)
- ISAB. (Sofocada.) De modo que vive usted cinco años con una mujer. A fuerza de malos tratos la arrastra usted al suicidio, y cuando le traen á su víctima, eso es todo lo que se le ocurre á usted decir al hombre que la ha salvado.
- BRO. Eres un caballero. No lo olvides... Dale las gracias.
- PED. (Resignado.) Ya voy. (Al Salvador.) Muchas gracias. (Le estrecha la mano.)
- SALV. Usted mande. (Alarga la mano esperando algo.)
- CAB. (Bajo á Pedro.) Hay que darle una recompensa.
- ISAB. Creo que es lo menos que puede hacer usted.
- PED. ¡Ah! Hay que darle... (Vuelve y da veinte francos al Salvador.)
- SALV. (Saltando la moneda en la mano.) No pesa mucho.
- PED. Es que...
- SALV. Me he hecho una herida en la mano con el remo. Y la señorita es guapa de veras. . vamos que me parece que vale un poco más.
- PED. Es bastante.
- SALV. ¡Si lo hubiera sabido!... ¡Veinte francos!

- PED. Pero si estaba usted en la barca, no ha corrido usted peligro ninguno.
- SALV. Eso le parecerá á usted.
- CAB. (A la Portera.) ¡Discutir una cosa semejante!
- TODOS ¡Discutir semejante cosa!
- SALV. Me he inclinado para sacarla y á poco pierdo el equilibrio... Estaba viendo que nos hundíamos los dos... Me he estropeado el traje... ¡y todo por veinte francos!
- CAB. (Bajo á Pedro.) ¡No le da á usted vergüenza!
- BRO. Por un perro se da más.
- CAB. Repito que falta usted á la corrección.
- ISAB. ¡No tiene usted corazón!
- BRO. ¡Qué van á decir de tí!
- PORT. (Indignado, cruzando los brazos.) ¡Sí que es verdad!
- PED. (Después de mirarlos, alarga al Salvador con un suspiro el sobre que tenía en el bolsillo interior de la americana.) Tome usted.
- SALV. ¡Doscientos francos! ¡Eso está muy bien!
- TODOS ¡Ay! menos mal.
- SALV. (Limpiándose los labios.) Si la señorita desea abrazar á su salvador, me esperaré.
- PED. No se moleste usted. Muchas gracias. Se lo diremos.
- SALV. Buenas tardes, señorito y la compañía.
- PORT. Venga usted á mi casa y tomará usted una copita.
- PORT.^a ¡Eso es! (Salen con la Señora del piso cuarto. Pedro, que les ha acompañado hasta la puerta, vuelve y ve á Carlota que ha entrado con su traje de casa del primer acto.)
- PED. (Aparte.) ¡Oh!
- CARL. (A Brochot y al Caballero.) Ahora tienen ustedes que hacer un gran favor. ¿Conocen ustedes al Comisario de policía del barrio?
- CAB. Sí.
- BRO. Es amigo mío.
- CARL. Me han llevado á la comisaría. Y por interés de Pedro, es preciso que consigan ustedes que no dé publicidad al asunto. Vayan ustedes.
- BRO. Cuente usted conmigo.
- CAB. Y conmigo.
- BRO. (A Pedro.) Volvemos en seguida. (Salen.)

ESCENA V

CARLOTA, ISABEL, PEDRO

- ISAB. Yo me retiro.
- PED. ¡No, no!
- CARL. (Arrojándose en brazos de Pedro.) ¡Pedro, Pedro!
- PED. ¡Cálmate, cálmate!
- CARI. ¡Poco ha faltado para que no volviesses á verme nunca!
- ISAB. (Llorando.) ¡Pobre Carlota!
- PED. Bueno; cálmate. Ya no somos más que amigos, es cierto, pero...
- CARL. ¡Que ya no somos más que amigos! ¿Quieres que vuelva á suicidarme?
- PED. ¡No, no!... Pero.. ¡Vaya una idea que has tenido!
- ISAB. ¡Pobre Carlota! ¡Irte á tirar al Sena!
- PED. Ha sido una imprudencia grandísima.
- ISAB. Una locura.
- CARL. He estado esperando hasta las cuatro...
- ISAB. Es que creímos que el tres era un cinco.
- PED. Te lo he dicho siempre; ¡haces unos números! (Tímido.) En fin; lo esencial es que no te hayas hecho daño. ¿Quieres tomar algo para reponerte?
- CARI. No.
- PED. (Tímido.) Y dentro de un ratito, cuando descanses...
- CARL. Pero...
- PED. Dentro de una hora ó dos te puedes ir... Mañana ya no te acuerdas del susto. (Afectando indiferencia, pero sin aplomo.) Además, Isabel irá á verte...
- CARL. (sollozando.) ¡Dios mío! ¡Dios mío!
- PED. ¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?
- ISAB. ¡Hija mía! ¡Hija mía!
- PED. Son los nervios. Déjela usted llorar y que se desahogue... (A Isabel) Será mejor que me vaya, ¿no le parece á usted?
- CARL. No; quédate. Ya se me ha pasado. (se calma de repente.)

- ISAB. Es usted un monstruo. ¡Una mujer que se ha querido matar por usted!
- PED. No; si no se ha querido matar... Ha sido un accidente... eso es, un accidente. Para pasar el rato, se ha puesto á mirar por la barandilla, se ha inclinado, y... ¡claro! eso es.
- CARL. (Gritos y sollozos.) ¡Oh, oh!
- ISAB. Cállese usted. ¡Siquiera tenga usted compasión de ella!
- PED. Vamos á ver ¿qué te pasa? Los nervios ¿no? ¿Por qué lloras? Responde. ¿Por qué lloras?
- CARL. Por eso que me dices...
- PED. Lo que te digo... lo que te digo... no lo digo para molestarte. No sé lo que ha pasado... lo supongo... Si me equivoco... con saber la verdad...
- CARL. ¡Ojalá no me hubiera salvado! Si me hubiera muerto, tal vez me llorarías. He querido matarme, porque no podía vivir sin tí y tú haces como si creyeras que no es verdad...
- PED. ¡Cómo me iba yo á figurar! Recuerda que tú misma lo has dicho. Nuestra historia no puede ser trágica.
- CARL. Así lo creía. He querido hacerme la fuerte... Si hubiese sabido que no me ibas á volver á llamar, nunca se me hubiese ocurrido marcharme. Puedes preguntárselo á Isabel... Lo del baúl era para hacerte rabiar. ¡Estaba tan segura de que me ibas á pedir que me quedase!... ¡Y luego, vas, y me dejas marchar!
- PED. Recuerda...
- CARL. Ya sé que me he portado mal... Perdóname... No volveré á hacerlo nunca, te lo juro, pero déjame que me quede contigo, Pedro, ¡déjame que me quede! (Durante toda esta escena, Carlota llora y solloza cómicamente.)
- PED. Hija mía, ¿quieres que volvamos á empezar la vida de tormento?
- CARL. Sí.
- PED. Me hacías sufrir mucho.
- CARL. ¡Ya no te haré sufrir nunca, nunca, lo juro!
- PED. Y tú tampoco eras feliz... No lo serás ahora...
- CARL. Me da lo mismo.

- PED. Pero...
- CARL. Me da lo mismo. Quiero vivir contigo, aunque tenga que ser desgraciada, aunque sea para disputar, para pegarnos. Si no quieres, ya sé lo que tengo que hacer, y lo que es esta vez no escapo, de seguro.
- ISAB. Pero abrácela usted.
- PED. ¡Carlota!
- CARL. ¿Lloras? ¿Me quieres todavía? ¿Quieres que vuelva? (Se arrodilla delante de él con aire cómico, como un niño castigado.)
- ISAB. ¿Pues no ha de querer!
- CARL. ¡Quiero que lo diga, que lo diga él! ¿Quieres, dí, quieres?
- PED. No soy ningún monstruo.
- CARL. ¿Si es por compasión, (sollozando.) prefiero que me echés! ¿Es por compasión?
- PED. ¡Carlota!
- CARL. ¿No es por compasión?
- PED. No.
- CARL. ¿Es porque me quieres?
- PED. (Después de una pausa.) Sí...
- CARL. Abrazame. (La abraza.) ¿Se acabó, verdad?... ¿Olvidamos todo lo que ha pasado?
- PED. Sí. (Entran Brochot y el Caballero.)

ESCENA VI

DICHOS, BROCHOT y EL CABALLERO

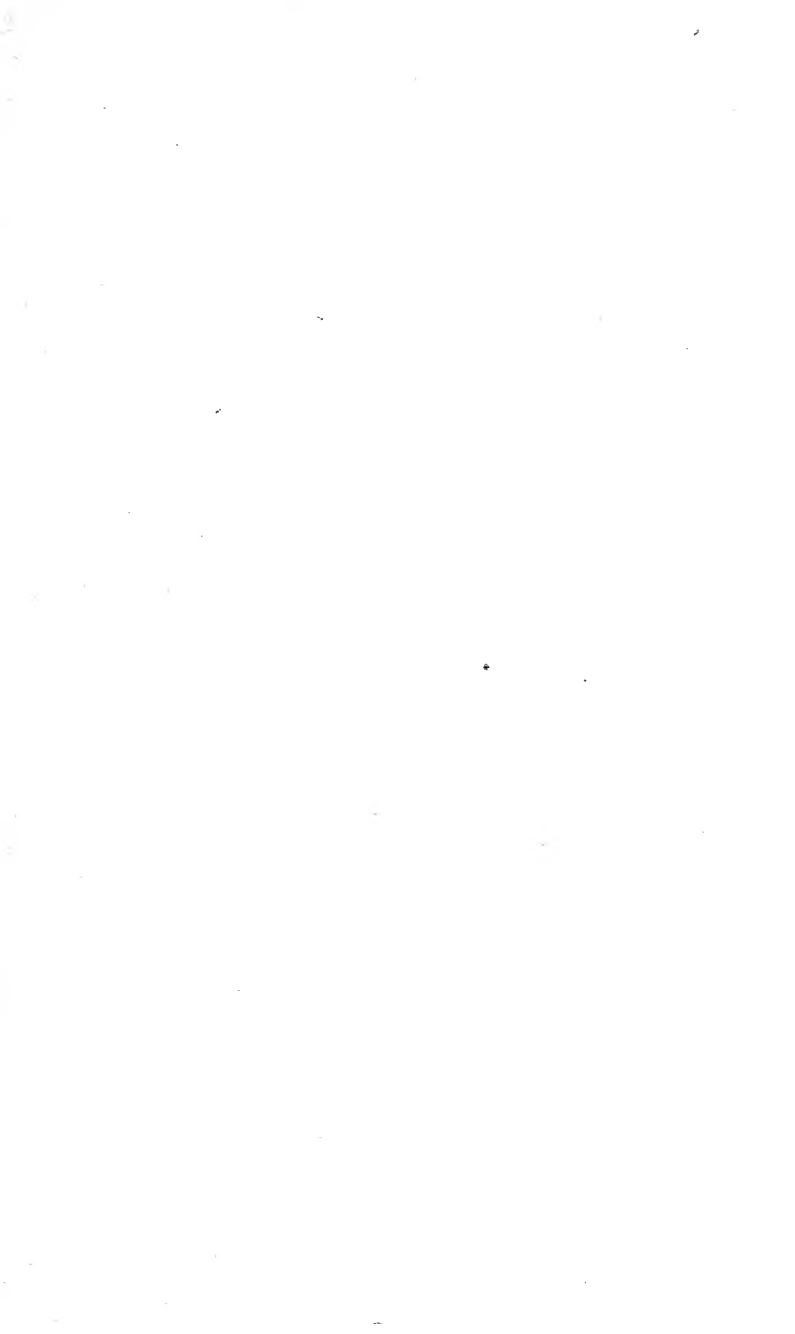
- CARL. ¿Qué hay? •
- CAB. Hemos llegado tarde. Ya habían ido los periodistas...
- PED. ¿A dónde?
- CAB. A casa del comisario de policía.
- PED. El comi...
- CARL. Claro; mi salvador querrá ganarse la medalla... y... habrá que decirlo...
- PED. Entonces no tengo más remedio que enviar la dimisión...
- CARL. ¿No te enfadarás conmigo, verdad?
- PED. No serviría de nada.

- CAB. (A Carlota.) ¿De modo que consiente usted en perdonarle?
- CARL. No le voy á abandonar después de haberle hecho perder su posición.
- BRO. Sí... pero... (A Pedro, bajo.) No la volverás á recibir, supongo.
- PED. Me ha dado lástima. Ahora no puedo separarme de ella. Su suicidio es como un sacramento.
- BRO. Sin embargo, decías...
- PED. Lo terrible que tienen es que algunas veces se matan de veras.
- BRO. ¿De modo que vuelves...?
- CARL. (A Brochot, severamente.) No sé cómo tiene usted valor de presentarse delante de mí y delante de su amigo después de la ofensa que ha intentado usted hacerle. Le suplico á usted que salga de esta casa.
- BRO. Pero...
- ISAB. No espere usted á que se lo repitan.

ESCENA ULTIMA

TODOS

- CAB. (A Pedro, con alegría.) ¡Ya vuelve usted á ser de los nuestros! ¡Y para mucho tiempo! (Le aprieta la mano.)
- CARL. (A Pedro que se ha sentado encima de la mesa) ¡Pedro, hijo, no te sientes encima de la mesa! (Aparece el portero que trae en la mano izquierda la maleta del perro y con la derecha tira del baul que Eufrasia empuja por el otro lado. Pedro los mira entrar con estupor.)



Queda prohibida en absoluto la venta de esta obra. La tirada se hace exclusivamente para servir los archivos de las Compañías que la representen en España, las cuales responderán de los ejemplares que con tal motivo se les facilite.

RARE BOOK
COLLECTION

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL

PQ6217

.T44

v.27

no.1-14

